

# La corona de España y la Semana Santa de Sevilla

## Alfonso XII en la procesión del Santo Entierro de 1877. Devoción, monarquía y sentimiento

**José Gámez Martín**

*Academia Andaluza de la Historia*

**Resumen:** En los últimos años de la Edad Moderna y ya a lo largo de toda la Contemporánea, la celebración de la Semana Santa de Sevilla se convierte en la gran fiesta religiosa de la urbe hispalense. En el siglo XIX el establecimiento de la corte de los Montpensier a orillas del Guadalquivir, convierte bajo la égida de los duques tanto a la ciudad como a su fiesta pasional en acontecimientos turísticos de amplitud genuinamente europea e internacional. En el encuadre de este contexto histórico, hay que estudiar la visita del restaurado rey Alfonso XII en 1877, donde principia el legendario romance con su prima María de las Mercedes. Se hace muy presente en las vivencias de la ciudad, queda asombrado por la grandeza litúrgica del Triduo Sacro de la Santa Iglesia Catedral concediendo a su cabildo el título de Excelentísimo y preside el paso del Duelo de la cofradía del Santo Entierro, la tarde del Viernes Santo, primera vez en la historia que un descendiente del Trono de san Fernando lo realiza en el cortejo procesional de una cofradía sevillana.

**Abstract:** "During the last years of Modern Age and through the whole Contemporary Era, the celebration of Holy Week became the most important event in the city of Seville. The arrival of Duke of Montpensier during the 19th Century made the city and its Holy Week a touristic event at European and international level. Within this context is outstanding the new and restored King Alfonso XII's visit to the city during 1877, a visit in which his legendary romance with her cousin Maria de las Mercedes started. He was present in many activities in the city, was astonished by the majesty of the celebration of the Triduum Sacrum in the Cathedral, giving the title of Many Excellence to its Chapter and even taking the presidency of the Holy Burial Procession, meaning the very first time that a descendent from King St. Fernando did such circumstance in a Sevillian Procession".

La monarquía de España ha confesado siempre la fe católica a lo largo de su historia manteniendo así para gloria de la nación el triunfo luminoso de la Cruz de Cristo. Desde la reconquista de Sevilla en 1248 por el rey san Fernando se ha vivido a las orillas de la ciudad bañada por el río Betis la perfecta simbiosis entre el trono y el altar entre el rey y sus súbditos en la grandeza de la fe y en su público testimonio ya desde los primeros tiempos, con Alfonso X promoviendo la fundación y erección de la iglesia trianera dedicada a Santa Ana a cuya mediación maternal debía la curación de una grave enfermedad ocular que lo conducía a las sombras de la irreversible ceguera<sup>1</sup>, o con la presencia de Sancho IV en 1293, portando la espada de San Fernando en la procesión anual catedralicia conmemorativa de la reconquista el día 23 de noviembre, fiesta de San Clemente, celebración cultural más antigua de la urbe. En esta procesión seguirían portando la espada durante la centuria siguiente los reyes Fernando IV, Alfonso XI, Pedro I, Enrique II, Juan I, y Enrique III<sup>2</sup>.

Hermosísima gloria la vinculación de los monarcas con la devoción a Nuestra Señora de los Reyes, celestial mediadora en los cielos para los avatares de los reinados con sus guerras, sucesiones, políticas y conquistas rindiéndose a sus plantas los soberanos agradecidos que enamorados como cualquier sevillano de su enigmática sonrisa engrandecían su culto con pecuniarias donaciones o dádivas artísticas que quien esto escribe ha tenido el honor de estudiar en los últimos años<sup>3</sup>.

La visita del gran Felipe II en 1570 a la Virgen de la Soledad en el convento de santo Domingo extramuros principia la presencia real en los anales de la Semana Santa Sevillana<sup>4</sup> que a finales de la edad moderna se convertiría en la

<sup>1</sup> Manuel González Jiménez: *Alfonso X*. Palencia, Diputación, 1993, pp. 33-35 ; María de los Ángeles Martínez Valero: *La iglesia de santa Ana de Sevilla*, Sevilla, Diputación, Arte Hispalense 1991, núm.56.

<sup>2</sup> José Gámez Martín: "La magnificencia del rito: procesión de la espada de San Fernando en la catedral de Sevilla. Iglesia, monarquía y nobleza" en *La nobleza en el reino de Sevilla en el Antiguo Régimen, XI jornadas de historia y patrimonio sobre la provincia de Sevilla*, Osuna (Sevilla), Asociación Provincial Sevillana de Cronistas e Investigadores Locales, 2014, pp. 355-369.

<sup>3</sup> Entre los trabajos que he dedicado a estudiar la historia de Nuestra Patrona remito a algunos de ellos que están relacionados con la vinculación de la Virgen con los reyes españoles: "La monarquía y la Iglesia. Isabel II y el cabildo de capellanes reales de la catedral de Sevilla" en *La era Isabelina y su revolución. 1843-1875. Actas de las XIII Jornadas de Historia Militar*.2006. Sevilla, Cátedra General Castaños, 2009, pp.1278-1295; "La Cruz y la Corona: Carlos IV, Manuel de Godoy y la catedral de Sevilla. Devoción, poder y mecenazgo en las postrimerías del Antiguo Régimen" en *Actas del Congreso Internacional Guerra de la Independencia en Extremadura II Centenario 1808-2008*, Llerena, 2009, pp.193-208; "Gran Santo, Atleta de Cristo y Esforzado Campeón. Las reliquias de San Fernando y la Corona de España" en *Memoria Ecclesiae*, Oviedo, núm. 36, 2012, pp. 277-292; "El carisma de la imagen sacra en la Sevilla del emperador: Nuestra Señora de los Reyes, un pleito de los dos cabildos catedralicios y la voz de Carlos V" en *Boletín de las Cofradías de Sevilla*, Sevilla, Consejo de Hermandades y Cofradías, núm.654, agosto2013, pp. 614-619; "Nuestra Señora de los Reyes, Fernando VI y Bárbara de Braganza." en *Boletín de las Cofradías de Sevilla*, Sevilla, Consejo de Hermandades y Cofradías, núm. 666, agosto2014, pp. 616-623.

<sup>4</sup> Ramón Cañizares Japón: *La Hermandad de la Soledad. Devoción, nobleza y hermandad en Sevilla*. Almuzara, Sevilla, 2007, pp. 72-73.

gran fiesta de la ciudad como parece justificar el protagonismo de la familia de Felipe V en la Semana de Pasión de 1729<sup>5</sup> y que desembocaría ya en los comedios de la centuria siguiente en un fenómeno atractivo para el mercado turístico con una muy estudiada proyección internacional.

Precisamente, en este trabajo vamos a estudiar la primera vez que un rey español en este caso Alfonso XII presidió un cortejo penitencial de la Semana Santa, el del Santo Entierro el año 1877 en una Sevilla imbuida en el idílico espejismo de la corte de los Montpensier y en el colorido espíritu del romanticismo que escribía, para bien y para mal de la ciudad, la expresión sugerente pero ripiosa de "*Quien no vio Sevilla no ha visto maravilla*".

El inestable, convulso y agitado siglo XIX español es una época de luces y sombras, de zozobras y alegrías para las cofradías sevillanas. La centuria se caracteriza por multitud de crisis políticas, conflictos bélicos y pensamientos de liberalidad que encerraban en sus proposiciones un marcado tono de actitud anticlerical.

Tres grandes procesos políticos marcaron la vida decimonónica de las hermandades hispalenses: la invasión napoleónica, las desamortizaciones ejercidas por los gobiernos imperantes y la Revolución de 1868, que con sus efectos destabilizadores de todo lo concerniente a la vida religiosa les hizo perder gran parte de su patrimonio artístico y vivir una gran crisis en su diaria existencia litúrgica, hasta llegar casi a los límites de la extinción.

Coincidentes con la llegada a la ciudad de los duques de Montpensier en 1848 comienza a producirse, en gran manera debido al apoyo de los mismos, un proceso tendente a la revitalización de las cofradías que pueden salir así de la situación grave a las que les había conducido el sexenio revolucionario.

Al apoyo de la llamada segunda corte de España, asentada en el Palacio de San Telmo y que se caracterizó por acercar la cultura y el arte a las clases populares ejerciendo una vida aristocrática más cercana al pueblo, hay que sumar una revitalización en la vida religiosa sevillana, amén de las lógicas aspiraciones de una nueva burguesía deseosa de alcanzar un peso en la sociedad sevillana que le hiciera merecedora de ser una fuerza viva en las decisiones de la ciudad, lo que le hizo apoyar todas las fiestas de la misma, especialmente la Semana Mayor, en la que vieron las enormes perspectivas económicas nacientes del turismo, que daba en aquellos años sus primeras muestras<sup>6</sup>.

---

<sup>5</sup> GÁMEZ: "Sevilla, Templo, Corte y Ciudad. La familia de Felipe V y la Semana Santa en el Lustró Real, 1729-1733" en actas del congreso titulado: *La Semana Santa: religión y antropología en Latinoamérica*, Valladolid, Ayuntamiento-Universidad, 2008, pp. 275-282.

<sup>6</sup> Una bibliografía de acercamiento a tan interesante época de la historia de nuestras instituciones: Federico García de la Concha Delgado: "La Semana Santa en la época Romántica" en *Semana Santa en Sevilla. Sangre, luz y sentir popular*; Sevilla, Gemisa, 1986, pp. 176 a 217; Rafael Jiménez Sampedro: "El siglo XIX: de la Crisis a la Refundación" en *El poder de las Imágenes*; Sevilla, Diario de Sevilla, 2000, pp. 328-349 y del mismo autor la ya inexcusable obra de referencia: *La Semana Santa de Sevilla en el siglo XIX*, Sevilla, Abec Editores, 2013.

Sin duda, los duques de Montpensier son figuras imprescindibles en el estudio de nuestra fiesta mayor para entender su plenitud contemporánea.

Antonio María de Orleans y Borbón Dos Sicilias vino al mundo el 31 de julio de 1824, en el Castillo de Neuilly, ostentando desde que nació el título de duque de Montpensier que había pertenecido al hermano de su padre, Antonio Felipe de Orleans, fallecido en Londres en 1807. Antonio era hijo de Luis Felipe de Orleans y Borbón-Penthievre, duque de Orleans y de María Amelia de Borbón Dos Sicilias y Habsburgo, nieto de Luis Felipe I y de Fernando I de Nápoles y biznieto de Carlos III de España y María Teresa de Austria. Fue el menor de nueve hermanos, mostrando desde sus primeros años salud delicada, por lo que fue muy mimado y querido por su madre.

La revolución de julio de 1830 llevaría a su padre al trono de Francia, pues Luis Felipe tendría a bien aceptar la corona gala el 7 de agosto, inaugurando un reinado repleto de turbulencias políticas, causa a la vez de numerosos atentados frustrados hacia su persona.

En 1842 Antonio consigue el grado de subteniente de artillería tras ingresar en la Escuela Politécnica de París, y en 1845, con apenas veinte años es destinado a Argelia, donde tras su valiente participación en la Batalla de Mehonnesh recibió la Legión de Honor y el grado de mariscal de campo que por derecho le correspondía debido a su dignidad de príncipe.

El rey lo premia con un periplo diplomático, en un recorrido por los países islámicos del Norte de África y Oriente Medio, donde tendría gran influencia en su vida emocional y artística el conocimiento del mítico Egipto.

Fue persona de espíritu volteriano, no demasiado religiosa, interesada por la historia española, sobre todo en su proyección americana. Mostró gran devoción por la ciencia con especial interés por la botánica y los jardines de aclimatación.

Su espíritu también demostró gran interés por la modernidad y conquistas de la técnica, siendo un gran aficionado a los barcos y máquinas de vapor.

Principal fecha en la biografía del personaje es la del 14 de septiembre de 1846 cuando las cortes españolas anuncian la elección de esposos para las infantas Isabel y María Luisa Fernanda, fijándose las bodas para el 10 de octubre de aquel mismo año, siendo los afortunados Francisco de Asís de Borbón para la primera y el duque de Montpensier para la segunda, a pesar de que éste aspiraba con gran interés a la mano real, que perdió por las presiones inglesas, contrarias a facilitar tanto poder a los franceses.

El 10 de octubre recibieron las bendiciones nupciales en el Salón de Embajadores del Alcázar madrileño, donde el duque de Montpensier vistió uniforme de mariscal de Francia, con calzón blanco ceñido y botas de montar. Al día siguiente se verificaron las velaciones en la Iglesia de Atocha, con un cielo despejado y sol brillante que entusiasmó al novelista Alejandro Dumas, componente del séquito francés. Fueron padrinos en las ceremonias María

Cristina de Borbón, madre de ambas novias; por parte de Isabel, el padre del novio y de Luisa Fernanda, el duque de Aumale, hermano de Montpensier<sup>7</sup>.

Doña María Luisa Fernanda de Borbón y Borbón Dos Sicilias nació en Madrid el 30 de enero de 1832, siendo la segunda hija del matrimonio del rey Fernando VII y María Cristina de Borbón, que tras el nacimiento de Isabel esperaba ansioso la llegada de un varón.

No puede decirse que su infancia fuera feliz, pues aunque contó con el especial amor de su madre, ésta no podía dedicarle el tiempo requerido a su educación al estar comprometida con los graves problemas políticos de la regencia a los veintisiete años de edad tras la muerte de su esposo el rey.

El programa educacional y cultural de la infanta, al igual que el de su hermana, fue bastante precario, bajo la tutela entre otros de Agustín Argüelles y Manuel José Quintana.

La infanta María Luisa fue desde siempre una alumna distraída con poco interés por aprender, pero hay que decir que desde su casamiento fue una compañera fiel e inseparable de su marido, siendo madre de nueve hijos: Isabel (1848), Amalia (1841), Cristina (1852), Regla (1856), Fernando (1859), Mercedes (1860), Felipe (1862), Antonio (1866) y Luis María (1867), de los que sólo le sobrevivieron dos, viviendo con resignación cristiana la muerte de los mismos.

Durante su vida, mostró gran devoción religiosa, siendo asidua visitante de la capilla de palacio en horas de meditación con la lectura de libros espirituales.

Prodigaba limosnas, y apoyo a los débiles, lo que le hacía luchar por conseguir indultos para los condenados a muerte.

El día 4 de noviembre los nuevos duques de Montpensier parten en un convoy especial de ferrocarril con destino a París, donde establecidos en la residencia real del castillo de Vincennes, llevaron una existencia palaciega tan querida por el duque hasta la revolución de 1847 que trajo el 24 de febrero la caída de su padre Luis Felipe, por lo que los duques tuvieron que salir precipitadamente al exilio, marchando hacia Inglaterra.

El 7 de marzo de 1848 llegan a Sevilla desde tierras inglesas para establecer allí su residencia, siendo recibidos por una ciudad alborozada, con fiestas y repiques de campanas<sup>8</sup>.

Aunque éste no es lugar para estudiar la estrecha vinculación de los duques con la ciudad sevillana, sí apuntaremos unas breves pinceladas sobre la misma.

Vivieron sus primeros días sevillanos en el Palacio Arzobispal mientras se realizaban unas obras de adaptación en una sala veraniega de la planta

---

<sup>7</sup> Carlos Cambronero Martínez: *Isabel II*, Madrid, Amigos de la Historia, 1976, pp. 107-110.

<sup>8</sup> Antonio de la Banda y Vargas: "La corte sevillana de los duques de Montpensier" en *Homenaje al Dr. Muro Orejón*, vol. I, Sevilla, Universidad, 1979, pp. 283. Acaba de ver la luz por la pluma de Paco Robles una magistral novela sobre el periodo, centrada en la vida de la infanta y con el fondo interesante del suicidio del escultor Sotillo: *La maldición de los Montpensier*, Sevilla, Algaida, 2016.

baja de los Alcázares en la que nació la primogénita María Isabel el 21 de septiembre<sup>9</sup>.

Debido a las incomodidades del gran palacio, los duques hacen gestiones para cambiar de residencia, eligiendo el edificio que había servido de Colegio Seminario de San Telmo y que últimamente había realizado labores de escuela náutica hasta Real Orden de 7 de julio de 1847.

La reina Isabel II firma en Aranjuez una Real Orden por la que autoriza la compra del mismo por los duques en 1849 por 1.819.812 reales<sup>10</sup>.

Los duques convierten pronto la nueva residencia en Real Palacio, incluso con una compañía de honores y cambios de guardia, cambiando aquel abandonado edificio en lujosa residencia y teniendo, además, una mejora sustancial los terrenos colindantes al mismo en las orillas del Guadalquivir<sup>11</sup>, desde allí actuaban como auténticos soberanos de Sevilla, y abrían los jardines de su casa para que por ellos paseara el pueblo, tal como se hizo el domingo 24 de septiembre de 1851 por el cumpleaños de la infanta Isabel, según oficio del contador Francisco de Vargas el día 17<sup>12</sup>.

En la residencia ducal, se llevaron a cabo multitud de actos culturales y festivos de todo tipo, mientras el duque fomentaba la vida económica sevillana y andaluza con criterios modernos, incentivando proyectos, tanto públicos como privados, de mejora.

Los Montpensier fueron grandes valedores y defensores de las tradiciones sevillanas, aceptando ser hermanos mayores honorarios de la cofradía de Montserrat. Donaron piezas artísticas a imágenes marianas como a la Virgen de los Remedios, la Salud de San Isidoro o la Virgen de la Paz de Santa Cruz. El marianismo ducal, especialmente el de la duquesa, se manifiesta en la colección pictórica encargada a Antonio Cabral Bejarano en 1851, expuesta en la escalera principal del Palacio de San Telmo y que representa a las Vírgenes de Regla, Rocío, Amparo, Antigua, Salud, Hiniesta y Reyes<sup>13</sup>.

Amantes de la Semana Santa, presenciaban con asiduidad los desfiles procesionales y fue idea de la infanta el que se organizase en 1850 el primer Santo Entierro Magno, con la participación de diez corporaciones penitenciales que contó también con el apoyo del alcalde de la ciudad don Francisco Javier Cavestany que asimismo ejercía funciones de hermano mayor del Santo Entierro<sup>14</sup>.

<sup>9</sup> Teodoro Falcón Márquez: Prologo a la reedición de la *Guía para visitar el Alcázar de Sevilla de Fernán Caballero (1865)*, edición facsímil del Ayuntamiento, Sevilla, 1978, s.p.

<sup>10</sup> Falcón: *El Palado de San Telmo*, Sevilla, Gever, 1991, pp. 193.

<sup>11</sup> Vicente González Barberán: "Los Montpensier de Sevilla" en Vicente Lleó Cañal: *La Sevilla de las Montpensier*, Sevilla, Focus, 1997, pp. 227-228.

<sup>12</sup> Diario *El Porvenir*, 18 de septiembre de 1851, pp. 4.

<sup>13</sup> *Catálogo de los Cuadros y Esculturas pertenecientes a Sus Altezas Reales los Señores Infantes de España Duques de Montpensier*, Sevilla, 1899, N° 94-100.

<sup>14</sup> GÁMEZ: "Las órdenes militares y nobiliarias en la procesión del Santo Entierro" en *Boletín de las cofradías de Sevilla*, n° 517, Especial de Semana Santa, Sevilla, Marzo de 2002, pp. 104.

Montpensier tuvo también gran empeño en restaurar monumentos tanto religiosos como civiles: la ermita de Valme de Dos Hermanas; el llamado Castillo de Hernán Cortés en Castilleja de la Cuesta, actualmente colegio de las Irlandesas; el convento de la Rábida en Huelva y el de la Virgen de Regla de Chipiona<sup>15</sup>.

También es recordada la labor ducal como mecenas artístico, impulsando la obra de artistas locales y reuniendo una gran colección personal de renombrados pintores de la época romántica tales como Esquivel, Romero, Gutiérrez de la Vega, Manuel Barrón, José Roldán, Antonio María de Vega y Andrés Cortés<sup>16</sup>.

En los años de los Montpensier, Sevilla pasa del Antiguo al Nuevo Régimen, asentándose el principio de una ciudad moderna y turística cuya peculiar idiosincrasia reviste singular encanto para los visitantes, especialmente para los románticos franceses, que se enamoran de la ciudad haciéndola partícipe como protagonista de lo mejor de sus artes<sup>17</sup>.

Sin embargo, ya desde el primer tercio de la centuria, incluso años antes de la llegada de los duques que tanto cambiarían en un progreso vertiginoso la propia esencia hispalense, el viajero ya se sorprendía de Sevilla y quedaba enamorado de su hechizo.

Dentro de este contexto con tanta influencia ducal y en donde la ciudad se ve y se siente como una segunda corte de España, la época que marca el asentamiento definitivo de la Semana Santa como festejo primaveral de proyección internacional es la de la Restauración Monárquica en la persona de Alfonso XII. Es ahora cuando se institucionaliza la fiesta por parte de las autoridades municipales, que velan por su buen orden y desarrollo. Mientras, sus postulados estéticos se ven influenciados por el Romanticismo que vivía su momento de auge por tierras europeas<sup>18</sup>.

Sin embargo, ya desde el primer tercio de la centuria, incluso años antes de la llegada de los duques que tanto cambiarían en un progreso vertiginoso la propia esencia hispalense el viajero ya se sorprendía de Sevilla y quedaba enamorado de su hechizo.

La visión que durante la mayor parte del siglo XIX el viajero extranjero tiene de España es la de un país distinto, casi inaccesible con características que lo acercan a al embrujo de lo africano o lo oriental, aprecia una realidad diferente que hay que conocer casi de obligado cumplimiento después de años en los que España había vivido casi a las espaldas de Europa, la constante presencia

---

<sup>15</sup> Lleó Cañal: *La Sevilla de los Montpensier*, pp. 71-72.

<sup>16</sup> Enrique Valdivieso: *La pintura sevillana del siglo XIX*, Sevilla, 1981. Enrique Valdivieso y José Fernández: *Pintura románica sevillana*, Ediciones El Viso, 2012.

<sup>17</sup> Un completo estudio en: María de los Santos García Felguera: "Como llegar al Paraíso" en *Iconografía de Sevilla. 1869-1936*, Sevilla, Focus, 1993, pp. 18-75.

<sup>18</sup> Una apretada síntesis de esta institucionalización de las fiestas en la obra de Salvador Hernández González: "La Semana Santa sevillana en la época de la restauración (1875-1898) y el Ayuntamiento hispalense: la institucionalización de la fiesta mayor de la Ciudad", en *Boletín de las Cofradías de Sevilla* (especial de Semana Santa); N° 542; Sevilla, abril de 2004, pp. 240-241.

de visitantes que, aunque darán la mayoría de las veces una idea distorsionada de nuestra realidad, no hay que dudar sin embargo, que acercan lo hispánico al mundo convirtiendo a España en una presencia vivencial de actualidad, exornada por la influencia de la estética romántica.

Este encuentro del viajero con “lo diferente” hace surgir una muy interesante literatura de viajes en la que se describen sus impresiones, la mayoría de ellas destacan la descripción costumbrista incentivada por los románticos que admiran la realidad musulmana aún presente en tradiciones hispánicas, a las que hay que sumar las atractivas posibilidades aventureras que de por sí daba la ruta viajera, pues la mala conservación de las carreteras o incluso la presencia de bandoleros regalaban al extranjero unas posibilidades de distracción sumamente emocionantes que acercaban su relato a una novela de suspense aventurero.

Andalucía mantenía un componente preponderante en esta aventura, e incluso muchos viajeros reducen su periplo a una ruta andaluza. Llegados a la nación por un puerto del sur, su itinerario iniciado en Cádiz, Gibraltar o Málaga, se limita a un recorrido por las principales ciudades de la región, consolidando esta opción principalmente los ingleses que popularizarían y de qué manera, la denominada “ruta de los contrabandistas” la cuál estaba formada por Ronda, Málaga, Granada, Córdoba, Sevilla y Cádiz. Si se estudian los textos de la mayoría de los viajeros parece que éstos están deseosos de llegar a Andalucía sin pérdidas de tiempo e innecesarios rodeos en lo que ha sido denominado por algún estudioso en la materia como “viaje a Andalucía a través de España”<sup>19</sup>.

El viajero busca la región que tanta trascendencia histórica tiene en los inicios de la centuria con la Guerra de la Independencia o con el mito de la Cádiz Liberal y se enamora de su idiosincrasia para hacerla trono del pensamiento puro del romanticismo, aunque esta visión andaluza quedará totalmente magnificada y distorsionada, incluso suplantando la imagen de España entera, siendo el punto de partida de la mal llamada “imagen romántica de España” que degenerará en la “España de pandereta”, de flamencas, y toreros, imagen falsa de nuestra tierra, incluso incentivada en nuestros días por algunos sevillanos con inexistentes dotes humorísticas en los nefastos platós televisivos de Madrid<sup>20</sup>.

Uno de los grupos más significativos de viajeros es el de los americanos. Señalo de entre estos visitantes a Raphael Semens (1809-1877) que viaja en 1860, Browner (1825-1902), que viaja en 1872, Eyonung (1840-1899) que viaja en

---

<sup>19</sup> Jesús Ávila Granados: *Viajeros por Andalucía*, Sevilla, Fundación “José Manuel Lara”, 2006; y Antonio Garrido Domínguez: *Viajeros del XIX cabalgan por la Serranía de Ronda. El camino inglés*, Ronda, Editorial La Serranía, 2006.

<sup>20</sup> Manuel Bernal Rodríguez: *La Andalucía de los libros de viajes del siglo XIX (Antología)*, Sevilla, Biblioteca de la Cultura Andaluza, 1985, págs. 13-33. Sobre la imagen falsa de España realizo una reflexión personal en mi trabajo: “La aportación de los viajeros a la invención de la historia. La Sevilla de los duques de Montpensier y el mito de la ciudad romántica”, en X Jornadas de Historia de Llerena: *La Divulgación de la Historia y otros estudios sobre Extremadura*, Llerena, 2009, pp. 95-96.

1877, Marche (1815-1864), que viaja en 1852, o Scott (1846-1929), que viaja en 1883. El americano es un visitante que viene respaldado por un fuerte poder crematístico que redundará en la duración e importancia de su estancia, lo que hará también que casi nunca venga solo, sino que lo haga acompañado de familiares cercanos y de amigos. La travesía era penosa y larga, siendo la duración aproximada de llegada a Europa de un mes, ya que sólo es a finales del siglo XIX cuando una compañía alemana establece una línea directa entre Estados Unidos y España. Aunque parece ser que en un principio la principal motivación del americano para visitar la tierra española era tomar la bondad de su clima para restablecerse de males de la salud, sin duda alguna ya otras motivaciones sucedieron a la primigenia y así hay que hacer constar que los artistas lo hicieron para pintar lo desconocido, los religiosos para estudiar las diferencias de la Fe, los científicos para estudiar nuevas costas o mares y, en fin, la intelectualidad americana le hecha un pulso a la británica en este afán por conocer lo español<sup>21</sup>.

Uno de estos viajeros es: John Adams Dix (1798-1879), un estadista y general del Ejército norteamericano, que siendo en 1861 secretario de Hacienda, dictó una orden por la que pasaría a la posteridad: "Si alguien intenta mancillar la bandera americana, disparadle allí mismo"<sup>22</sup>.

Dix llega a España en 1843, y en 1850 publica en Nueva York las impresiones literarias de su viaje con el título: *A inter in Madeira and a Summer in Spain and Florence*. El viajero viene desde Madeira, y tras siete días de travesía arriba a Cádiz, donde realiza descripciones de la tacita de plata sobre todo desde un punto de vista económico, describiéndola como: "comercialmente muerta".

A principios de abril, se embarca en el *Trajano* rumbo a Sevilla, en un viaje que dura desde las diez de la mañana hasta las siete de la tarde, realizando como era tradicional en los primeros días de su estancia en la urbe paseos por la misma, destacando la hermosura de la Alameda, y la delicada belleza del entorno urbano, hechizándole la monumentalidad del Alcázar, quedando sorprendido de que le contaran allí mismo que en 1813 se había blanqueado con cal el Salón de Embajadores y otras dependencias notables del Palacio.

Desde los primeros días de su llegada, a Dix le han dicho que la Semana Santa es tan importante como en Roma, pero el viajero tiene constancia de que la ciudad se encuentra en una precaria situación económica, lo que le ha hecho perder de forma clara el esplendor de otros tiempos, circunstancia que no le parece extraña, pues ha comprobado con sus propios ojos de amante del arte, que a la Iglesia española se la había desposeído de gran parte de sus riquezas, como bien se sabe uno de los causantes de este atropello fue la desamortización iniciada por Mendizábal en 1836. Es interesante que nos detengamos en ver cómo era aquella Semana Santa y mirada por el ojo perspicaz de nuestro americano.

---

<sup>21</sup> Antonio Garrido Domínguez: *Viajeros americanos en la Andalucía del siglo XIX*, Ronda (Málaga), Ed. La Serranía, 2007.

<sup>22</sup> *Ibíd.*, pp. 319-320.

El propio viajero describe que las instituciones religiosas son pobres y que muchos clérigos están en la indigencia, y como el mismo dice, lo sabe por propia experiencia, ya que en más de una ocasión le han parado en las naves de la catedral para en nombre de Dios pedirle una limosna “para un pobre sacerdote”.

Dix refleja en su escrito que al acercarse la Semana Santa se iban animando las calles de la ciudad, llenándose la misma de visitantes de poblaciones del interior, principalmente de Cádiz y Gibraltar, aunque también extranjeros del Nuevo Mundo. Es tal el interés por presenciar los desfiles pasionales del viajero estadounidense y sus compañeros que alquilan un balcón en una de las calles céntricas por donde tenían que discurrir las procesiones, aunque no hay constancia de la misma, no es difícil que aventuremos que se trate de la celeberrima calle de las Sierpes.

La consulta de las actas capitulares del Ayuntamiento y del cabildo catedral, nos dan una palpable demostración documental de la angustiosa situación económica sevillana en 1843, como bien la describe nuestro protagonista.

El Ayuntamiento se encuentra bastante asfixiado en sus proyectos de adcentamiento urbanístico, ya que no tiene ni peculio para sufragar unas obras necesarias en el beaterio de la Santísima Trinidad<sup>23</sup>, el adorno del camino de Castilleja<sup>24</sup>, o los gastos que habían sido ya aprobados para exornar la salida de Triana<sup>25</sup>, aunque sí se conceden algunos presupuestos de realización como el dado para suprimir la escalera de la casa que se encontraba a las espaldas de la Capilla Real<sup>26</sup>.

Pese a la precariedad económica, los munícipes sí tenían la obligación política de controlar todos aquellos elementos subversivos vinculados con el carlismo, y así, en la sesión del 3 de abril se pide al comisario político se estudie la adhesión al gobierno de la reina del canónigo catedralicio don Juan Hidalgo<sup>27</sup>. Se encuentran pocas referencias sobre la preparación de la Semana Santa, aunque sí hay que hacer constar que en la sesión del 7 de abril se acordase que “el Ayuntamiento concurriese a la procesión del Santo Entierro en el próximo Viernes Santo, vestidos los capitulares de traje enteramente negro, expresándose así en la citación y que ésta se hiciese a la iglesia de la Misericordia”<sup>28</sup>.

No es menos halagüeña la situación financiera del cabildo catedral, que recibe el 13 de marzo una misiva del ministerio de Gracia y Justicia en la que el regente del reino concede dos mil reales a petición del cabildo para las necesidades del culto de la Semana Santa<sup>29</sup>, por lo que los canónigos tienen que ajustarse

---

<sup>23</sup> Archivo Municipal de Sevilla (AMS), Sección X, Actas Capitulares, microfilm rollo 37, fol. 73.

<sup>24</sup> *Ibíd.*, fol. 42v.

<sup>25</sup> *Ibíd.*, fol., 39.

<sup>26</sup> *Ibíd.*, fol. 71.

<sup>27</sup> *Ibíd.*, fol. 81v.

<sup>28</sup> *Ibíd.*, fol. 84v.

<sup>29</sup> Archivo de la Catedral de Sevilla (ACS), Sección I, Secretaría, Autos Capitulares, libro 206 (1843-1844), fol. 23v.

a esta estrechez económica para vivir tan importante liturgia, acordándose entre otras cuestiones el día 21 siguiente, unas reducciones en los componentes de la capilla musical<sup>30</sup> y el 23 que el Jueves Santo se suprimiese la cena de los pobres, entregándose su equivalente a sacerdotes necesitados de la ciudad, siendo también clérigos en precaria situación los que participasen en el lavatorio de los pies, que tendrían que tener de cuarenta años para arriba<sup>31</sup>.

El gran problema con el que se encontraba el cabildo era la falta de un obispo para consagrar los santos oleos, ya que el titular de la diócesis, Francisco Javier Cienfuegos y Jovellanos, se encontraba desterrado de Sevilla y confinado en Alicante desde el 18 de febrero de 1836, saliendo de la ciudad el 1 de marzo de ese año, siguiendo el prelado desde su destierro denunciando las leyes que pisoteaban los derechos de la Iglesia, entre ellas los proyectos de reforma del clero, la dotación de culto, o la venta de bienes eclesiásticos. Cienfuegos no volvió más a su diócesis, pues aunque el destierro le fue levantado el 20 de enero de 1844, murió en aquella ciudad levantina el 21 de junio de 1847. El cardenal fue sepultado en la iglesia parroquial de Santa María, y sus restos fueron trasladados a Sevilla en 1867, y enterrados en la bóveda del Sagrario catedralicio, para ser inhumados de forma definitiva en 1881 en la capilla de la Concepción de la catedral<sup>32</sup>.

Afortunadamente para el cabildo, el obispo de Canarias don Judas José Romo y Gamboa, también desterrado de su diócesis, se encontraba en Sevilla desde el 3 de febrero, por lo que aceptó sin titubear la solicitud de los canónigos de participar en la función litúrgica crismal<sup>33</sup>.

Curiosamente a la muerte de Cienfuegos en 1847, Romo sería nombrado por el beato Pío IX arzobispo de Sevilla concediéndole el capelo cardenalicio tres años después y gobernando la sede isidoriana hasta su muerte acaecida el 11 de enero de 1855<sup>34</sup>.

Mientras los canónigos preparan con asfixia económica los cultos de Semana Santa, el día 28 de marzo le niegan a la Hermandad de Pasión “que se le entreguen varias alhajas de plata de la capilla de la Virgen de la Antigua”<sup>35</sup>, aceptan el 31 del mismo mes que el Ayuntamiento use unos propios bancos para asistir a los cultos que serían ubicados donde anteriormente se ponía el sillón del asistente<sup>36</sup>, y escuchan el 6 de abril un informe exhaustivo del maestro

---

<sup>30</sup> *Ibíd.*, fol. 24 y vto.

<sup>31</sup> *Ibíd.*, 28 y vto.

<sup>32</sup> Para el pontificado de Cienfuegos ver José Alonso de Morgado: *Prelados Sevillanos*, Sevilla 1906, pp. 749-777. Un estilo más periodístico y actual en la obra de Carlos Ros: *Los arzobispos de Sevilla*, Sevilla, 1986, pp. 244-247.

<sup>33</sup> ACS, I, Autos Capilares, libro 206, fol. 28.

<sup>34</sup> Para la figura del cardenal arzobispo Romo véase MORGADO: *Prelados...*, pp. 778-790; y ROS: *Los arzobispos...*, pp. 247-249.

<sup>35</sup> ACS, I. *Ibíd.*, fol. 29 y vto.

<sup>36</sup> *Ibíd.*, 31v-32.

de capilla, Ambrosio Sanchís, donde se percibe el difícil equilibrio hecho por el músico para que la presencia de la música fuese lo más digna posible<sup>37</sup>.

También el cabildo como institución hace valer sus derechos, y es curioso que decida el 10 de abril que hagan de diáconos y subdiáconos los propios canónigos, ya que el clero que iba a realizar esta función pidió recibir la comunión antes que el cabildo, lo que no fue aceptado de ninguna manera por los calonges, sumamente celosos de su prelación protocolaria<sup>38</sup>. Afortunadamente, el cabildo consiguió que se celebrasen los oficios dentro de la solemnidad acostumbrada, como manifiesta que la mañana del 12 de abril, Miércoles Santo, la ceremonia de consagración de los óleos, presidida por el obispo Romo, fuese auxiliada en servicio de altar por cuatro diáconos, cuatro subdiáconos, cuatro medio racioneros, un presbítero asistente y un diácono y subdiácono con capas<sup>39</sup>. También se levantó el consabido Monumento para la reserva del Jueves Santo, aunque aquél debía estar conservado de forma precaria, como lo manifiesta un oficio recibido por el cabildo el día 24 de abril desde la Diputación Provincial en el que se confirma: "anhelosos de contribuir eficazmente a la conservación del célebre Monumento en el que se expone a la veneración pública el Augusto Sacramento en la Semana Santa, ha mandado a los artistas don Antonio Cabral Bejarano y don José de los Ríos para que verifiquen el reconocimiento de sus piezas deteriorada y propongan el presupuesto de reparación"<sup>40</sup>.

Pese a la escasez de las fuentes hemerográficas<sup>41</sup>, sin embargo las crónicas de González de León nos permiten describir brevemente como sería aquella Semana Santa<sup>42</sup> que Dix presenció: el Domingo de Ramos salió la Hermandad de San Juan de la Palma, que estrena un palio bordado en oro para la Virgen, una corona también para la misma, los bordados de su manto, y el vestido de San Juan, así como una túnica bordada para el Desprecio de Herodes y vestidos para el tetrarca y miembros del tribunal.

El Jueves Santo, también estrenó la Hermandad de Pasión un paso para el Señor comprado a la Hermandad de las Tres Virtudes de San Isidoro, al que se añadieron cuatro faroles de plata, y el palio de la Virgen de la Merced adquirido a la de la Amargura, una cruz nueva para el nazareno, la bandera, el simpecado y la restauración de un estandarte muy antiguo que poseía la corporación. En la Madrugada procesionaron el Silencio, el Gran Poder y la Macarena, estrenando

<sup>37</sup> *Ibíd.*, 32v-33.

<sup>38</sup> *Ibíd.*, fol. 33vto.

<sup>39</sup> *Ibíd.*, 34 y vto.

<sup>40</sup> *Ibíd.*, 37vto-38.

<sup>41</sup> Hemeroteca Municipal de Sevilla. De este año sólo se conserva el diario *El Correo de Sevilla*, con algunos números sueltos que no coinciden con la fecha estudiada; también *La Andaluza*, *Revista de Arte y Literatura*; y *El Orfeo Andaluz*, que es una publicación musical, alejándose ambas del tema de nuestro estudio. Baste decir como curiosidad, que en la edición del Domingo de Ramos, 9 de abril de *La Andaluza* ni se hace mención a la Semana Santa.

<sup>42</sup> AMS, Sección XIV, "Crónicas de Félix González de León", año 1843, fols. 33-39.

la Virgen de la Concepción un manto bordado de estrellas. El Viernes Santo por la tarde: la Mortaja, la Hermandad de las Aguas, y el Santo Entierro desde la iglesia de la Misericordia, que según el cronista "debe salir con más suntuosidad que ningún año". Esta corporación había realizado su estación desde 1842 desde el mencionado templo, recuperando desde el año anterior el esplendor vivido con una estrecha vinculación de la autoridad municipal y de las principales y distinguidas instituciones sevillanas como manifiesta la colección alfabética conservada en el Archivo de este año, no así desgraciadamente la de 1843.

Como es bien sabido esta vinculación de los poderes eclesiástico y civil con una variada serie de matices y peculiaridades ha tenido una constante y genuina presencia a lo largo de la historia de España, así en una celebración religiosa de tal arraigo popular como la Semana Santa andaluza no debe extrañarnos la presencia de elementos de la sociedad formando parte de los desfiles procesionales con carácter representativo, naciendo al parecer dicha costumbre ya a finales del siglo XV, pues es sabido que por aquellas calendas el Ayuntamiento de Málaga participaba en las procesiones más importantes de la ciudad, lo que corroboran documentalmente unos estatutos fechados en 1506 y que aún se conservan donde se establece la obligatoriedad de esta presencia municipal en los cortejos de las cofradías malacitanas<sup>43</sup>.

En Sevilla pervive un cortejo procesional cada tarde del Sábado Santo que mantiene rango de oficialidad en su desfile penitencial. La Hermandad del Santo Entierro, manteniendo una tradición imperante desde época barroca, es acompañada por el llamado "*Convite*", acertadamente definido como "*representación cívica de autoridades, organismos y corporaciones, en el cortejo del Santo Entierro*"<sup>44</sup>.

"*La convidá*" de la corporación para ser acompañada en su estación penitencial se formulaba a las autoridades políticas entre las que destacaba el Ayuntamiento, la nobleza titulada y, también en lugar preferente las órdenes militares y nobiliarias que tanto fulgor han tenido en la historia española y que por su intrínseca razón de ser católicas no podían dejar de estar presente en el desfile penitencial de más esplendor de cuantos se ha escrito en los anales de la Pasión según Sevilla.

La participación de una representación oficial, con carácter civil o nobiliario, está ajustada a un cortejo luctuoso como el de la Hermandad del Santo Entierro, el cual representa la llevada al sepulcro del Santísimo Cuerpo de Cristo Yacente, que a su vez es acompañado en su camino al sepulcro por la soledad de su familia doliente, representada, en el caso de Sevilla, en el exquisito Paso del Duelo, presidido éste por María Santísima de Villaviciosa que recibe las condolencias

---

<sup>43</sup> Realicé una aproximación a tan sugestivo tema en José Gámez Martín: "Las representaciones militares, civiles, nobiliarias y religiosas en los Cortejos Procesinales de la Semana Santa Andaluza. Algunas pinceladas históricas" en *Arte y Artesanías de la Semana Santa Andaluza*, Tomo 9; Sevilla, Tartessos, 2004, pp. 124-143.

<sup>44</sup> Antonio Burgos: *Diccionario Secreto de la Semana Santa*; Sevilla, El Mundo, 1989, pp. 87.

del discípulo amado, los Santos Varones, María Magdalena y las Santas Mujeres en un conjunto de marcada impronta neoclásica, componiendo sin duda alguna una de las más bellas iconografías de la Semana Santa Sevillana<sup>45</sup>.

Ya el Abad Gordillo definía la procesión de Cristo Yacente como *“la más solemne de cuantas se celebran en Semana Santa, y así es respetada y vista por toda la gente de la ciudad y fuera de ella”*<sup>46</sup> incidiendo en esta grandiosidad el barroco analista Ortiz de Zúñiga al afirmar de su desfile *“cuya cristiana pompa hace ceder en religiosa ostentación los testigos triunfales de la antigüedad a los héroes y príncipes mayores arrastrando estandartes, enlaunando pífanos y enroqueciendo clarines”*<sup>47</sup>.

Fundada la cofradía hacia los años setenta del siglo XVI<sup>48</sup>, su procesión cobró desde los primeros tiempos pujanza y esplendor como podemos apreciar en la noticia de que ya en 1620 figuraban en el cortejo cuatro músicos y un maestro de los genoveses pertenecientes al tercio de la armada, mandado por don Fadrique de Toledo<sup>49</sup>.

Durante el siglo XVII la procesión se celebra los años 1620, 1621, 1642, 1643, 1645, 1646, 1647, 1648, 1650, 1651, 1654, 1656, 1659, 1663, 1667, 1668, 1671, 1686, 1693, 1694 y 1697.

Hace ya muchos años, se publicó un estudio del Manifiesto de 1693, al parecer y por desgracia, hoy perdido y que nos permite documentar la presencia ya de un nutrido acompañamiento de ascendencia civil junto al paso de la Virgen de Villaviciosa *“ocho soldados romanos portando un palio negro tras la urna, y tras ellos caballeros, nobleza, regentes oidores, caballeros de las órdenes, veinticuatro y jurados, todos ellos con hachas de cera blanca”*<sup>50</sup>.

Pese a que el citado documento no especifica ni nombra las autoridades ni órdenes participantes, no creo que sea arriesgado señalar que estas últimas corporaciones fueran las cuatro órdenes militares españolas, es decir, la de Santiago fundada en 1170 y confirmada por el Papa Alejandro III en 1175, la de Calatrava instituida en 1158 por San Raimundo de Fitero y confirmada por el mismo Pontífice en 1164, la de Alcántara con origen en 1156 y aprobada también por

<sup>45</sup> Tuve el honor de estudiarla en mis trabajos: “El Duelo de María Santísima de Villaviciosa. Antecedentes y simbolismo de una iconografía sevillana” en *Boletín de las cofradías de Sevilla*, N<sup>o</sup> 530, Sevilla, 2003, pp. 193-196; y “María Santísima de Villaviciosa, el duelo por Cristo Yacente y el triunfo de la vida” en *II Congreso Internacional de Cofradías y Hermandades*; Murcia, 2008, pp. 555-566.

<sup>46</sup> Alonso Sánchez Gordillo: *Religiosas Estaciones que frecuenta la Religiosidad Sevillana*; Sevilla, Consejo de Hermandades y Cofradías, 1982, p. 168.

<sup>47</sup> Diego Ortiz de Zúñiga: *Anales Eclesiásticos y Seculares de Sevilla*, tomo III, Sevilla, Guadalquivir, 1998, p. 242.

<sup>48</sup> Amparo Rodríguez Babío: “Real Hermandad Sacramental del Santo Entierro de Nuestro Señor Jesucristo, Triunfo de la Santa Cruz y María Santísima de Villaviciosa”, en *Misterios de Sevilla*, tomo II, Sevilla, Tartessos, 1999, p. 406; y Burgos: *Diccionario Secreto de la Semana Santa*, opus cit., p. 87.

<sup>49</sup> Juan Carrero Rodríguez: *Anales de las Cofradías Sevillanas*, Sevilla, Castillejo, 1991, p. 518.

<sup>50</sup> Francisco Farfán Ramos: “La cofradía del Santo Entierro en 1693” en *El Correo de Andalucía*, Sevilla, 2 de abril de 1920, p. 2.

Alejandro III en 1177 y finalmente la orden de Montesa instituida en el reinado de Jaime I de Aragón y aprobada por Juan XXII en 1310.

Asimismo es fácilmente deducible que junto a estas históricas corporaciones hispánicas, formaran también el cortejo las órdenes implantadas en el reino de procedencia extranjera, así las dos de más importancia, por un lado la orden de San Juan de Jerusalén, más conocida como Malta y nacida en 1084, y por otro la del Santo Sepulcro de Jerusalén, con año de origen fundacional en 1098<sup>51</sup>.

En cuanto a las autoridades invitadas tenemos constancia de la presencia del Ayuntamiento hispalense en la procesión según acuerdo capitular de 1693, aunque se piensa que anteriormente ya concurría a la misma. Este acuerdo de cabildo establece el protocolo que aún se mantiene en nuestros días: el desfile del municipio de manera corporativa tras el Paso del Duelo. Esta presencia del alcalde y sus ediles persiste a lo largo de la historia y en 1956 y tras la reforma litúrgica, teniendo a bien la cofradía establecer su estación de penitencia de forma anual la tarde del Sábado Santo, el Ayuntamiento acordó seguir con la asistencia oficial al Entierro de Cristo<sup>52</sup>.

Desde 1694 la hermandad se vanagloria de tener en su nómina a todos los reyes de España, comenzando tal costumbre Carlos II y tomándose la determinación por la buena nueva de que la presidencia oficial de la cofradía fuera ostentada por el monarca, o en su defecto, por un representante de su real persona<sup>53</sup>.

Durante todo el siglo XVIII continuó la loable costumbre de la asistencia civil en las salidas procesionales de los años 1700, 1727, 1729, 1758, 1761, 1769, 1775, 1782 y 1797.

A principios de siglo tuvo a bien incorporarse al cortejo la más importante institución de carácter nobiliario de la ciudad, la recién creada Maestranza de Caballería, fundada en el año de 1670 con el fin primordial de que los caballeros se ejercitaran y dominaran el ejercicio de la jineta, y que ya había dado pruebas palpables de su existencia y su implicación oficial con la vida sevillana con renombrados festejos de carácter público, siguiendo la estética y mentalidad barroca imperante en la época de su génesis, con ocasión de la boda del Conde de Niebla con la hija de los Duques de Pastrana en 1680, o en 1703 por el cumpleaños y casamiento del rey Felipe V. La incipiente corporación sevillana se consolidó en esta centuria adquiriendo rango de oficialidad en 1703<sup>54</sup>.

---

<sup>51</sup> De entre la copiosa bibliografía sobre las órdenes militares se publicó un atractivo y cuidado resumen histórico sobre las mismas en Madrid en 1999 con el título *Lux Hispaniarum (Estudio sobre las Órdenes Militares)*, coordinado por Fray Juan Campos y Fernández de Sevilla.

<sup>52</sup> Mauricio Domínguez Adame: "El Ceremonial de la Ciudad" en *Ayuntamiento de Sevilla, Historia y Patrimonio*; Sevilla, Guadalquivir, 1992, p. 113.

<sup>53</sup> CARRERO: *Anales ...*, p. 519.

<sup>54</sup> Fundamental para la historia de esta institución sevillana, la reciente aportación de Francisco Núñez Roldán: *La Real Maestranza de Caballería de Sevilla (1670-1990): de los Juegos Equestres a la Fiesta de los Toros*; Sevilla, Universidad, 2007.

Afortunadamente se conserva un manifiesto de la procesión de 1727, celebrada el 11 de abril, Viernes Santo, tras 27 años sin llevarse a cabo. En el impreso, costado por Francisco Sánchez Valiente, se constata la presencia de autoridades, nobleza y órdenes en un nutrido cortejo que estuvo presidido por el primer Teniente de Hermano Mayor, don Tomás Pinto Miguel, que en ausencia del conde de Ripalda, representaba a su majestad el rey<sup>55</sup>.

De la procesión de 1797 también conservamos un ejemplar del manifiesto que se custodia por los padres jesuitas de Alcalá de Henares. En el mismo, se nos dice de la representación civil *"quien hace convite á la nobleza de esta ciudad para que acompañe con luces. Detrás de esto dos hermanos diputados y después los lucidos cuerpos de igual clase y oficialidad convidados..."*.

En un proyecto de reglas de la hermandad en 1795, y también afortunadamente publicado para el bien de la historiografía y que se encuentra en el Archivo Histórico Nacional de Madrid, se inserta un anexo que recoge el orden protocolario de la procesión y que nos dice *"a quien acompaña el lusidissimo combite que hace el señor Asistente a los señores gefes principales señor comte (sic) de las armas, oficialidad que haya en esta ciudad y cavalleros particulares della, que con velas encendidas alumbran el paso de la Santísima Virgen, que ba en este lugar..."*<sup>56</sup>.

Con respecto a la procesión de 1797 se ha aportado una curiosa noticia que nos permite reflexionar. Realizando la corporación la estación penitencial el Viernes Santo, una persistente lluvia hizo que tuviera que tomar refugio para sus pasos titulares en la Catedral, volviendo a su sede canónica el jueves 20 de abril ya en el gozoso tiempo litúrgico de la Pascua, motivo por el cuál la autoridad eclesiástica representada por el cabildo catedral obligó que se invirtiera en esta procesión el orden de los pasos, figurando el duelo en primer lugar y la urna detrás representando así en triunfal cortejo, letífico, el triunfo del Redentor sobre la muerte y siendo el cuerpo de Cristo Yacente la representación de la Triunfal Resurrección, dogma central y corazón vivo donde se sustenta toda la fe católica.

Esta obligación impuesta por los canónigos dieciochescos para salvaguardar la iconografía sacra e iconológica de la pasión nos hace que nos preguntemos si hoy en día no sería más necesario una intervención más plena de la pertinente autoridad religiosa con el fin de regular las representaciones actuales del arte para que las mismas se ajusten de forma clara a los principios, tanto dogmáticos como litúrgicos, que regulan la vida devocional del Triduo Sacro<sup>57</sup>.

---

<sup>55</sup> Antonio Muro Orejón: "La Cofradía del Santo Entierro en 1727" en *El Correo de Andalucía*, Sevilla, 4 de abril de 1958, p. 8.

<sup>56</sup> El texto del manifiesto y el mencionado proyecto de reglas en *Manifiesto que publica la Hermandad del Santo Entierro*, Sevilla, Sábado Santo 11 de abril del año del Señor de 2009. Véase en la misma publicación el certero trabajo de Pablo Alberto Mestre Navas: "La Hermandad del Santo Entierro a finales del siglo XVIII: la Regla de 1795 y la Procesión de 1797".

<sup>57</sup> Al hilo de estas reflexiones considero de muy oportuna la lectura de Emilio Gómez Piñol: "Las tendencias actuales y el lenguaje de la Fe" en *Patrimonio Cultural*, N° 44, Madrid, 2006, pp. 71-84.

Aunque fueron aprobados nuevos estatutos en 1805, la invasión francesa hundió en profunda crisis a la cofradía, que sería remediada por la ingente labor del asistente de la ciudad don José Manuel de Arjona, caballero gran cruz de la Orden Americana de Isabel la Católica y Teniente de Hermano Mayor de la cofradía del Santo Entierro, establecida por aquel entonces, pero en precario estado desde 1818, en el Convento Casa Grande de la Merced.

En 1829, el celo del Señor Arjona junto a la labor desinteresada de algunos hermanos y el apoyo económico de algunas personalidades sevillanas como don Joaquín Llorente que contribuyó con 75.000 reales, permitió que se reorganizara, realizando dicho año Juan de Astorga las imágenes secundarias para el Paso del Duelo y volviendo a salir por las calles el Viernes Santo 9 de abril de 1830. En el Archivo Municipal hispalense, se conserva un ejemplar del Manifiesto publicado con motivo de esta procesión, que en el año 2000 fue reproducido en facsimil por la hermandad y en él se indica que tras el Paso de la Urna figurarán “*dos señores diputados con varas y la insignia conocida por estandarte, de raso negro, bordado en él el escudo de la corporación, circunvalado con la inscripción **ubi est dolor sicut dolor meus?** Y los cordones y borlas de seda negra y oro, el cual habría de llevar nuestro hermano el señor Marqués de Esquivel, gentilhombre de Su Majestad, quien combidará a los que gusten acompañarle cogiendo las borlas expresadas*”.

Así mismo se comisiona al teniente de hermano mayor señor Arjona para “*hacer el combite a la nobleza de esta ciudad, a los cuerpos eclesiásticos, oficialidad de la guarnición de esta plaza, empleados y demás clase que guste, los que irán con velas encendidas a continuación del estandarte*”<sup>58</sup>.

Señalar como curiosidad que en esta procesión se usaron por vez primera las velas encarnadas y que fue responsable de la comisión de ángeles y sibilas el escultor don Juan de Astorga, diputado de gobierno y hacienda, como oficial de la Junta de Gobierno<sup>59</sup>.

Hoy en día se mantiene la tradición de que el estandarte sea portado por el señor marqués de Esquivel, título concedido por Fernando VII en 6 de octubre de 1817 a Francisco María de Esquivel e Ibarburu, maestrante de Sevilla<sup>60</sup>.

En el siglo XIX se procesionó los años 1830, 1832, 1839, 1842, 1843, 1846, 1848, 1849, 1850, 1854, 1857, 1867, 1871, 1874, 1875, 1876, 1877, 1880, 1890 y 1898 constatándose la presencia del *Convite* en los documentos conservados. Así el manifiesto de 1843 señala de nuevo al señor marqués de Esquivel como

---

<sup>58</sup> *Manifiesto que publica la Real Hermandad de... de la Salida de la Procesión que ha de hacer con sus sagradas imágenes a la Santa Iglesia Catedral el Viernes Santo por la tarde del presente año*; Sevilla, imprenta de don Mariano Caro, 1830, pp. 19 y 20.

<sup>59</sup> La vinculación de Arjona con el Santo Entierro en Pablo Alberto Mestre Navas: “La reorganización de la Hermandad del Santo Entierro y el impulso decisivo de José Manuel de Arjona y Cubas, asistente de Sevilla (1812-1833)”, en *Manifiesto que publica ...*; Sevilla, 2008, pp. 1-11.

<sup>60</sup> Fernando González Doria: *Diccionario heráldico y nobiliario de los reinos de España*; Madrid, Bitácora, 1994, pp. 134.

portador del estandarte, autorizando al señor Teniente de Hermano Mayor, don Andrés Gómez, “para convidar a todas las autoridades, corporaciones y demás personas que guste para el mayor lucimiento y solemnidad de la procesión, los que llevarán velas encarnadas a continuación del estandarte”<sup>61</sup>.

Es precisamente el cortejo del Santo Entierro el que impresiona a Dix, el que choca con su mentalidad luteranista y evangélica, pero al que deja sin palabras en este texto de bella descripción y casi de reflexión teológica:

*La procesión del Viernes Santo, no obstante se vio acompañada de mucha más pompa y lucimiento que las demás. Se pretendía representar el entierro del Salvador, invirtiéndose más dinero y esfuerzo que en años precedentes. Antes de la hora fijada para la salida, la calle Sierpes, la principal de la ciudad hervía de peatones: hombres, mujeres y niños de todas las clases y edades; campesinos de la región en traje andaluz, mendigos harapientos, damas con ostentación, vestidas de seda y satén. Nuestro balcón se alzaba unos cuantos pies por encima del pavimento y como la corriente de persona fluía en dirección opuesta, podíamos ver con claridad cada movimiento y cada circunstancia de la enorme masa humana bajo nuestros pies. En medio del tumulto las campanas de cientos de iglesias empezaron a repicar, haciendo vibrar toda la atmósfera hasta hacer desvanecer cualquier otro sonido, fue la señal para que la procesión se pusiera en marcha. En seguida a su cabeza, llegaba donde nos encontrábamos una tropa de jinetes armados y uniformados como la caballería romana. Se destacaban sus plumas blancas flotando un cuarto de milla antes por encima de las cabezas del gentío. En un instante, sus cascos, sus corazas y lanzas brillaron asaetados por los rayos del sol, mientras sus blancos corceles surgían enterrados bajo voluminosos aparejos. Si nuestro juicio era correcto, por la observación que la abarrotada y estrecha calle nos permitía, se podría asegurar que la armadura de estos romanos de hoy, no las había forjado ningún diestro Vulcano. Se notaba sobre todo en el brillo apagado de sus corazas, sino también en la desmesurada y no muy gruesa lanza que blandían en su mano derecha; pero si sus atavíos no entusiasmaban si que los que montaban eran diestros jinetes, aunque difícil hubiera sido para Cesar o Sartorio tomarlos por verdaderos soldados por las armas que llevaban. A medida que la procesión avanzaba, los peatones desaparecían como por ensalmo en las calles adyacentes. Seguían a continuación dignatarios de la iglesia junto a otros de la iglesia, vestidos de terciopelo morado y oro, y con numerosos ayudantes a sus talones. Después venía transportada por una veintena de hombres, una montaña en miniatura representando al monte calvario, con una cruz en su cumbre y al pie un esqueleto, simbolizando la muerte, sobre un globo, descansando su descarnada mejilla con desaliento en su mano derecha, y en la izquierda una guadaña; una inscripción latina debajo en letras plateadas afirmaba que la cruz había triunfado sobre la muerte. Esta parte iba seguida por un coro de ángeles, que simulaban muchachos ricamente vestidos, aunque me temo que la representación dejaba mucho que desear; en una palabra nada podía repugnar mas a los sentidos y al buen gusto que la escena que no mejoró, tampoco, la aparición de doce chicas que representaban a las doce sibilas. Luego*

---

<sup>61</sup> Manifiesto que publica la Hermandad Sacramental... de la salida de su Cofradía..., Sevilla, Imprenta de la Calle de la Sierpes Número 30, 1843, p. 13.

*aparecieron cuatro de los más conocidos santos: Agustín, con el hábito de su orden; Jerónimo, en traje de Obispo; Ambrosio, así mismo como Obispo, y Gregorio el grande, vestido de Papa. Una banda de música con una gran concurrencia de eclesiásticos y detrás la principal representación: el sarcófago sepulcral de forma oblonga, que contenía la imagen del cuerpo del Salvador protegida por un cristal y descansando sobre un paño mortuario de terciopelo negro, adornado de forma suntuosa. Sin lugar a duda un espectáculo magnífico, pero que guardaba poco con el carácter y la vida humilde del divino maestro. El féretro lo conducían religiosos con sobrepellices y negras estolas, seguidos por una excelente banda de música de soldados romanos, a pie, tan vistosos en sus atuendos como los jinetes que presidían la comitiva. Más tarde apareció una carroza triunfal con la Virgen, María Magdalena, José y Nicodemo, de pie en posturas teatrales y con túnicas que todavía lo eran mas, Los párrocos de las iglesias, la corporación la ciudad y todas las fuerzas militares de Sevilla cerraban el desfile. En resumen, una impresionante exhibición estropeada sin embargo por puerilidades y afrentas al buen gusto, y en muchos aspectos en contradicción con el espíritu y la moralidad de los tiempos. La ceremonia se celebró con verdadera devoción y no con otro ánimo, y cualquiera que fueran sus fallos no tenemos sino alabanzas para ella<sup>62</sup>.*

Esta última frase es el triunfo de la Semana Santa, pese a ser mirada contraria a la barroca estética con ojos de neoclásico americano, el viajante reconoce el protagonismo del pueblo y la pureza de la Fe, Dix nos hace una detallada descripción del cortejo, casi análoga a la del manifiesto publicado para la ocasión por la misma corporación, y nos habla de este boato protocolario que al decir de González de León "fue extraordinariamente magnífica y concurrida de todas sus partes y muy bien ordenada, de las veinticuatro cruces parroquiales sólo faltaron tres: Salvador, Santa Ana y San Isidoro, y todas las calles del recorrido estuvieron repletas de gente"<sup>63</sup>.

Con la idea de un Cristo Yacente magníficamente acompañado a su sepulcro, Dix abandona Sevilla tras denostar la fiesta de toros el Domingo de Resurrección<sup>64</sup>, la misma mañana que el Santo Entierro celebra en la Misericordia una solemne función por la fiesta de la Resurrección, culminada por una procesión eucarística por las calles de la feligresía, portándose a Su Divina Majestad en la custodia de la Archicofradía de la Hermandad Sacramental del Sagrario de la catedral, y en un cortejo formado por las compañías militares que ya habían desfilado el Viernes Santo, con tres piquetes de caballería, y el cortejo simbólico de los ángeles y los doctores de la Iglesia.

Sin duda alguna que el Santo Entierro se convertiría en un referente de la Semana Santa de Sevilla, máxime a partir de 1850 con la creación del llamado Santo Entierro Grande, que llamaría la atención a los foráneos a lo largo de toda la centuria y durante todo el siglo XX, como entre otros lo dice el manifiesto

---

<sup>62</sup> Garrido: *Viajeros...*, pp. 527-528.

<sup>63</sup> AMS. Sección XIV, González... "Crónicas", fols. 39-41.

<sup>64</sup> Garrido: *Viajeros...*, pp. 328-329.

publicado en 1923 para la procesión de dicho año, definida por el Ayuntamiento y la propia Hermandad como: “fenómeno siempre atrayente, especialmente para forasteros”<sup>65</sup>. Este desfile del Entierro de Cristo sería presidido en 1877 por el rey de España en lo que puede considerarse una patente prueba de unión entre la Corona de los Reyes Católicos y la Semana Santa Sevillana.

El 29 de diciembre de 1874 Alfonso XII es proclamado Rey de España, entrando triunfalmente en Madrid el 14 de enero siguiente, con tan sólo 17 años de edad y siendo ya conocido como “el Pacificador”, pues España tenía puesta la confianza en que bajo su corona se viviera una época de tranquilidad política tras los embates revolucionarios.

El Rey, recién llegado a su Patria, mira de una forma especial a Sevilla, pues allí vive su prima María de las Mercedes, hija de los Montpensier, a la que ama y piensa hacer su esposa a pesar de la poca aceptación de la noticia en su madre Isabel II por las rivalidades aún latentes entre la reina destronada y la corte sevillana.

No es extraño pues que Alfonso quiera visitar pronto la capital hispalense, realizándolo en 1877 coincidiendo con los días de Semana Santa en visita de marcado carácter de presencia real del Monarca, pues realizó numerosas visitas a establecimientos comerciales, viviendo también la liturgia catedralicia de los días del triduo sacro y presenciando los cortejos procesionales, presidiendo la procesión del Santo Entierro, siendo ésta la primera vez que un monarca realizara tal acontecimiento.

El 14 de marzo el Ayuntamiento se reúne en sesión capitular para preparar la visita del Rey, acordándose en la misma a petición del señor García de Vinuesa, que la calle conocida como San Fernando, fuese llamada desde entonces Alfonso XII, considerando que la plaza mayor de la ciudad ya estaba titulada con el nombre del Santo Rey conquistador. Los concejales acuerdan que se exhornaran todas las calles por donde pasara el cortejo real, que las principales arterias de la ciudad se iluminaran todas las noches que el rey pernoctara, que se repartieran 6.000 hogazas para los pobres de pan al día siguiente de su llegada y se realizaran dos comidas para los necesitados el Jueves Santo, una en las Casas Consistoriales y otra en el Beaterio de la Trinidad, regalándosele un vestido nuevo a cada niña acogida en el mismo. Para sufragar estos actos de asistencia caritativa cada concejal donó 50 pesetas de forma voluntaria, en la reunión del día 24 volvieron a discutirse los preparativos encaminados al buen desarrollo de las decisiones de los días anteriores, acordando la corporación no volver a reunirse hasta el día 4 de abril, una vez que la comitiva real hubiese abandonado Sevilla<sup>66</sup>.

---

<sup>65</sup> José Gámez Martín: “Fenómeno siempre atrayente, especialmente para forasteros. Noticias de la estación penitencial del Santo Entierro en la esperanzada Sevilla de 1923” En *Manifiesto que publica la Real Hermandad del Santo Entierro*, Sevilla, Sábado Santo del año del Señor de 2011, pp. 3-17.

<sup>66</sup> *Archivo Municipal de Sevilla* (AMS); Secc. X, Autos Capitulares; microfilm 401

Por su parte el Cabildo Catedral, en reunión del día 19 de marzo, oye de la diputación de sagradas ceremonias el protocolo fijado para el desarrollo de los divinos oficios de los días de Semana Santa, que ese año iban a contar con la presencia del Monarca, pidiéndosele al Obispo de Zela, administrador de la sede vacante, que presidiera los mismos, y ya que éste se encontraba enfermo, se acordó que los óleos fueran bendecidos en la misa del Jueves Santo<sup>67</sup>.

Ostentaba el obispado titular de Zela, Manuel González y Sánchez, nacido en Sevilla el 29 de junio de 1825, que famoso como orador sagrado y de gran altura intelectual, poseyó la responsabilidad de administrar la diócesis, en sede vacante, desde la muerte del Cardenal Luis de la Lastra en mayo de 1876 hasta el nombramiento del nuevo arzobispo, LLuch y Garriga en junio de 1877<sup>68</sup>.

De los apuros económicos de los señores calonges nos habla la reunión del día 20 de marzo, pues se discutió que al tener que participar con toda seguridad en la recepción real que se celebraría en el Alcázar, costaría 6.000 reales ir a la misma en suntuoso carruaje, tal como demandaba la historia protocolaria del Cabildo, pero se acordó con ocho votos sobre dos que se fuera a pie y por el camino más corto, respondiéndose a una pregunta del Vicario Eclesiástico que interpelaba si podían tocar todas las campanas de la ciudad el Miércoles Santo a la llegada del Rey, respondiéndole el Cabildo que podría hacerse así si la misma fuese antes de las cinco de la tarde, pues después de dicha hora, la liturgia mandaba que se guardara estricto silencio en recuerdo a la Pasión del Redentor<sup>69</sup>.

El Lunes Santo, 26 de marzo, se celebra Cabildo extraordinario presidido por el deán, donde se lee una comunicación del Gobierno Civil anunciando que el Rey llegaría esa tarde a las cuatro y que su primera visita sería a la catedral, por lo que se acuerda que el coro de la tarde se adelantara a las tres y media y que una comisión fuera a recibir al monarca a la estación, acompañándolo durante el trayecto a la catedral donde el Cabildo en pleno lo esperaría en la puerta mayor de la basílica para realizar una estación solemne en el altar mayor<sup>70</sup>.

Mientras Sevilla espera al monarca, el Ayuntamiento prepara durante toda la Cuaresma y especialmente los últimos días de marzo, la Semana Santa, especialmente son tres aspectos los que la corporación municipal cuida: subvencionar a las cofradías con el fin de que efectúen su estación penitencial y no se vean agobiadas por la crisis económica imperante; fijar los horarios e itinerarios para que los cortejos lucieran con el mayor orden y regular el entorno urbano por el que pasaban los desfiles.

Los documentos custodiados en el Archivo Municipal nos informan con precisión, día a día, de este trabajo de las autoridades municipales que prácticamente exigían a las cofradías comunicaran con tiempo el itinerario por el que

---

<sup>67</sup> Archivo Catedral de Sevilla (ACS): Secc. I, Autos Capitulares; Lib. 221, Fols 20 vto y 21.

<sup>68</sup> Alonso Morgado: *Prelados sevillanos*, pp. 810-821.

<sup>69</sup> ACS; Op. Cit; Fól 21 vto.

<sup>70</sup> *Ibidem*; Fóls. 21 vto -22 vto.

discurrirían a la Catedral y los estrenos que iban a lucir, pues los mismos contribuían a incrementar la cantidad de la subvención<sup>71</sup>.

En las misivas municipales también hay envíos a diferentes autoridades metropolitanas civiles, militares y eclesiásticas pidiendo, entre otras múltiples facetas, tropas para el acompañamiento de los pasos, dispositivos de seguridad a la policía para el normal desarrollo de la fiesta; o verificando la asistencia corporativa a los oficios de la catedral y a los de la iglesia de San Roque para rendir veneración al Cristo de San Agustín. También se envió a los principales localidades españolas el programa de las cofradías, conservándose respuestas de la mayoría de las ciudades que comunicaban que el mismo lucía en el propio ayuntamiento para que sus habitantes tuvieran su conocimiento, como anuncian entre otros el alcalde interino de Salamanca y el alcalde de Valladolid el 16 de marzo, el de Puebla de los Infantes el 17 ó el 20 el de Pamplona.

El Ayuntamiento, con el fin de sufragar en la medida de lo posible todos los gastos de la fiesta, pide ayuda económica a los principales organismos sevillanos, así encontramos curiosas donaciones, manifestando la mayoría de ellas que aportan en la medida de sus posibilidades, ya que se encuentran en graves apuros económicos. Así encontramos 25 pesetas dadas por el Casino de Artistas el 5 de marzo; 320 reales de vellón el día 10 del Círculo de Labradores; 1.000 reales el día 12 de la empresa de ferrocarriles Madrid-Zaragoza, 500 reales del Casino Español. También encontramos algunas negativas como la del Casino Mercantil y Agrícola. Los concejales, así mismo, solicitan la ayuda a las principales familias de la Ciudad, que responden igualmente con alguna entrega de dinero en cartas que manifiestan un auténtico cariño de los sevillanos por su Semana Mayor, un ejemplo es la que se conserva con fecha de 8 de marzo firmada por la señora Carmen Centeno de Rodríguez y en la que comunica que al encontrarse su marido de viaje de negocios en Cádiz, esperaría el regreso del mismo para que fuera personalmente al Consistorio a la entrega de la solicitada colaboración.

La principal característica de las misivas de las cofradías, normalmente firmadas por el hermano mayor o en su defecto por el mayordomo, es la buena disposición de salir en el día fijado a pesar de que todas exponen su precaria situación económica, lo que cabe aún elogiar más que se realizasen estrenos como ejemplo del tesón y constancia de los cofrades.

Tras la lectura de la documentación consultada se puede precisar que el Ayuntamiento comenzó oficialmente a preparar la Semana Santa el 14 de febrero con la primera reunión de la Comisión Especial de Fiestas y cuyo celoso y constante secretario era Rafael Salvatella Rodríguez. El día 16 se envían escritos a las cofradías para *“se hiciesen los desfiles con el mayor lucimiento”*, sobresaliendo

---

<sup>71</sup> La información documental se encuentra en el Archivo Municipal de Sevilla, Colección Alfabética, Caja 628, en un grueso pliego de documentos sin foliar pertenecientes a este año. A él remito, pues la inmensa información de estas líneas está tomada del mismo, no mencionándolo más en las notas con el fin de no cansar al lector, ya que se haría de una forma continua.

de los días pasionales *“la salida del Santo Entierro con notables reformas”*. Al día siguiente de nuevo se envían cartas a las cofradías donde se les ruega no salgan el Viernes Santo con el fin de *“conseguir el propósito del Santo Entierro, participando en él los que no salgan este día”* para *“combinándolo a ser posible, de manera que representen en el orden que vayan en la comitiva los sagrados misterios de la Pasión de Jesús”*. Esta idea de un nuevo Santo Entierro Grande sería planteada con toda seguridad por la presencia del rey, ya que tras el primer Santo Entierro Magno, que tuvo lugar en 1850, volvió a celebrarse tan magno cortejo en 1854 con motivo de la estancia en Sevilla de la reina Amalia, monarca consorte destronada del trono francés y madre del duque de Montpensier, que pasó en Sevilla el invierno y la primavera de dicho años hasta su regreso a Londres el 15 de mayo. La escasez documental y sobretodo la falta de la misma en el propio archivo de la hermandad no nos permite documentar fehacientemente el porqué no se llevó a cabo esta intención, aunque no creo que sea arriesgado aseverar que fuese debido a la falta de recursos por la inestable situación económica<sup>72</sup>.

El interés municipal por agradar al rey hizo que el día 15 de marzo el propio primer teniente de alcalde solicitase a la hermandad de la Lanzada que hiciera estación el Miércoles Santo en vez del Martes fijado por el secretario primero, señor Cardilero, el 19 de febrero, donde anunciaba el estreno *“de un paso nuevo de orden gótico tallado en madera y dorado ostentando en primer término del canasto el escudo real y el de la hermandad, en los costados las órdenes militares y religiosas y en los cuatro ángulos capillas con los evangelistas en alto relieve, siendo el dibujo, tallad, escultura y dirección del escultor Manuel Gutiérrez Reyes”*. La hermandad se reunió en el Santo Ángel, donde entonces residía, la noche del 17, acordándose acceder a la petición de los munícipes, quienes concedieron agradecidos 400 reales más a la corporación para *“el orden de los pasos y adorno de plata del paso de Virgen”*.

Causa dolor la lectura de las misivas de las cofradías que no podían realizar su salida penitencial, como la escrita por el mayordomo de la del Prendimiento, que afirmaba la imposibilidad de la misma por los daños acaecidos en los bienes de la corporación durante las pasadas inundaciones.

El alcalde José María de Ybarra firma un bando el día 20 de marzo en el que se regula cómo no podían estacionarse sillas en la carrera oficial sin el permiso

---

<sup>72</sup> El tema del Santo Entierro Grande fue ampliamente estudiado en diferentes trabajos por el profesor Domínguez León con motivo de la procesión extraordinaria del año 2004. Cito para no hacer muy prolija la referencia, el último de los publicados por dicho autor en aquella ocasión: *“El Santo Entierro Grande: La Pasión según Sevilla”*, en *V Simposio sobre hermandades de Sevilla y su provincia*, Sevilla, 2004, Pp 15-47.

En el imprescindible libro de Pablo Mestre Navas sobre la Hermandad se sigue profundizando en el tema con nuevas e interesantes perspectivas: *Historia de la Hermandad del Santo Entierro de Sevilla. Del Colegio de San Laureano al de San Gregorio de los Ingleses*, Sevilla, 2010, pp. 342-384. Consultado, hace ya algún tiempo, el archivo de la Real Hermandad no conseguí localizar documentación del año que se historia.

previo de la alcaldía, ajustando las multas que se instruirían como sanción a quien no cumpliera las normas, siendo la responsable del desarrollo de las mismas la guardia municipal. Las subvenciones se fijaron el primer día de marzo fluctuando las cantidades entre 1.900 reales de las Siete Palabras, 2.000 de la Soledad o 2.500 de Pasión, San Gil o La O.

La Semana Santa comenzó oficialmente en la liturgia de la Catedral, a las diez de la mañana del Domingo de Ramos con la procesión de palmas por gradas bajas, estacionando en la basílica dos hermandades en dicha tarde, la Columna y Azotes de los Terceros y el Desprecio de Herodes de San Juan de la Palma, que estrenaba unas andas de madera de orden corintio para el Cristo y trajes y accesorios para el cortejo de nazarenos, llegando a la carrera oficial después de las siete de la tarde como consecuencia de las inclemencias meteorológicas<sup>73</sup>.

El Lunes Santo, 26 de marzo, era el día fijado para la llegada del Rey, adelantándose en dos días la misma. Desde por la mañana bandas de música recorrían Sevilla, ostentándose la bandera nacional en los edificios públicos con la presencia de tropas de gala en la mayoría de las calles.

Se exornó profusamente la estación de ferrocarriles de San Bernardo, a donde llegaría el monarca, con escudos de bronce, coronas de laurel, flores y macetas, destacando la sala de espera con sillería dorada y grana, doseles del mismo color, grandes cornucopias, cortinajes y escudo de armas. A las tres de la tarde llegó Isabel II acompañada de sus hijos y del alcalde, el gobernador civil, el obispo de Zela, y representaciones del ejército y del cabildo catedral.

Minutos antes de las cuatro de la tarde, el rey se apeó del tren acompañado del capitán general de Andalucía, del presidente del consejo de ministros, del general Echague y otras autoridades. Isabel II recibió a su hijo del brazo del duque de Montpensier mientras que la duquesa lo hacía del alcalde. Pasaron al salón de descanso, donde el rey conversó con los presentes, recibiendo unas palabras de bienvenida del alcalde señor Ybarra.

Pasados veinte minutos llegó en otro tren la Princesa de Asturias, hermana del monarca, que fue recibida también con grandes muestras de cariño, tras lo cual Alfonso XII, vestido de capitán general con la banda de San Fernando, montó en un caballo castaño propiedad del duque con el que quiso realizar la entrada en la ciudad para ser así mejor visto por parte de los sevillanos. Era escoltado por la guardia civil y los generales Fajardo, La Serna, Echague, Alfau y García Torres. La comitiva de acompañamiento iba tras él en tres carruajes de gala tirados cada uno por seis caballos.

Con el repique de las campanas de la ciudad, comenzando por el de la Giralda, se dirigieron hacia la catedral por la calle llamada hasta entonces de San Fernando, donde recibieron flores desde los balcones y una corona de las mismas para la princesa de Asturias en la casa del señor Ruiz Bastillo.

---

<sup>73</sup> *El Porvenir*; Sevilla, 26 de marzo de 1877.

Llegado el rey a la puerta principal de la catedral pudo comprobar cómo esta estaba forrada en terciopelo grana y franjas de oro, presidida por un altar en el que lucía la Cieguecita de Montañés, entrando el monarca en la catedral bajo palio junto a su madre la reina Isabel, encaminándose hacia el altar mayor, donde se cantó un solemne *Te Deum*. Terminado éste, Isabel II, sus hijos y los duques de Montpensier abandonaron la catedral por la puerta de San Cristóbal mientras que el monarca se dirigía a la Capilla Real para venerar a la Virgen de los Reyes y el cuerpo incorrupto de San Fernando. De esta visita nos queda testimonio artístico en un lienzo del pintor José María Romero, propiedad del Ayuntamiento hispalense desde 1883 y que es una obra minuciosa en la representación de los personajes, mostrando la veneración del joven monarca ante el Santo Conquistador. El pintor solicitó el 11 de mayo de ese año a los capellanes reales licencia para representar la histórica escena<sup>74</sup>. Romero que debió morir tan solo tres años después del año que historiamos, glosó en su obra todos los clásicos postulados del mejor romanticismo, con buena técnica del retrato convirtiéndose en uno de los artistas preferidos de la burguesía sevillana y por su pintura de temas religiosos claramente influenciada, como por otra parte era consustancial en la época, por lo murillesco pero sobresaliendo en cuanto a la técnica la corporeidad de las figuras y lo acertado de la composición.<sup>75</sup>

Alfonso XII presidió un desfile ante la Puerta de los Príncipes, acudiendo más tarde a los Alcázares, donde se celebró una fiesta de gala con la presencia de la real familia, los duques y las principales autoridades sevillanas, compartiendo el monarca la velada con sus invitados hasta las diez y media de la noche.

Del arte efímero levantado en honor de la visita real, baste decir que se colocó un arco del triunfo de estética mozárabe a la entrada de la calle San Fernando con dibujo de Joaquín Guichot con la leyenda "*Sevilla al pacificador de España*" resaltando también las colgaduras y exhornos de los principales edificios como los casinos, el Hotel de París o la casa del marqués de Castilleja. En la fachada de la fábrica de tabacos se exhibían algunos poemas en honor del rey como:

*Esperándote ansiosa  
está la Capital de Andalucía  
aquí el dintel gozosa  
su fábrica famosa  
el primer grito de salud le envía*

La jornada culminó a las diez de la noche con un espectáculo de fuegos artificiales en la plaza de San Francisco a cargo de Manuel María de Pinillos,

---

<sup>74</sup> ACS; Secc. IX, Capilla Real, Lib. 25, fol. 29. Juan Manuel Serrera Contreras: "El Patrimonio Pictórico" en *Ayuntamiento de Sevilla. Historia y Patrimonio*, Sevilla, Guadalquivir, 1992, pp. 174.

<sup>75</sup> José Fernández López: "El asunto religioso en la obra del pintor romántico sevillano José María Romero" en *Laboratorio de Arte*, Sevilla, Universidad, núm. 3, 1990, pp.199-208.

nombrado pirotécnico oficial de Sevilla desde la renombrada visita de Isabel II en 1862<sup>76</sup>.

El Martes Santo el rey visitó, a las nueve y media de la mañana, el hospicio provincial y el colegio de sordomudos acompañado de la princesa de Asturias, el presidente del Consejo de Ministros, el gobernador y el alcalde. A las diez y media llegó al Museo Provincial de Pintura, donde fue recibido por el presidente de la Academia de Bellas Artes, el señor conde de Casal, el presidente de la Comisión de Monumentos Demetrio de los Ríos, el director de la escuela Manuel Barrón y el profesor Joaquín Bécquer. Alfonso XII visitó todas las salas, quedando prendado de las pinturas de Murillo, especialmente de sus Inmaculadas, separando para su compra de la sala de exposiciones tres cuadros de Eduardo Cano, Manuel Bejarano y Morgado además de una acuarela para la Princesa de Asturias. La obra de Eduardo Cano era una Concepción de influencia murillesca siguiendo los postulados estéticos imperantes.

Tras la visita a la pinacoteca, la comitiva se dirigió a la fábrica de fundición de los señores Portilla, donde admiraron un nuevo vapor de hierro y departieron con los propietarios y empleados.

El rey, que vestía uniforme de capitán general de campaña, con pantalón *grarce*, levita cerrada y *rotd*, visitó también, junto a su hermana la princesa, la Cartuja, propiedad de la familia Pickman, donde contemplaron la artesanía y recibieron presentes como recuerdo de la visita, declinando el quedarse en el almuerzo preparado en su honor debido a que el mismo lo realizaron en palacio junto a los demás miembros de la familia. A las tres de la tarde, Alfonso XII es recibido en el hospital de la Santa Caridad, donde acepta su ingreso como hermano, besa la mano al más antiguo de los pobres allí acogidos y firma el voto de cumplimiento con los estatutos de la corporación con la misma pluma que lo realizara su madre en la visita de 1862.

El monarca siguió su completa jornada con la visita a la fábrica de fundición de bronce y la pirotecnia mientras que su hermana, la heredera del trono, dedicaba la tarde, acompañada del señor Alcalde, a obras asistenciales con la visita a la Casa Cuna y al convento de la Hermanas de la Cruz<sup>77</sup>.

La mañana del Miércoles Santo, Alfonso XII tiene una nueva y fatigosa jornada, pues visita a las diez de la mañana el antiguo monasterio de San Isidoro del Campo acompañado de la princesa de Asturias, de los duques y los hijos de éstos, Cristina, Mercedes y Antonio. Fueron hasta Santiponce en un *brek* propiedad de los Montpensier y fueron recibidos en el atrio por el párroco, entrando bajo palio en el recinto sagrado, donde el monarca oró ante el altar mayor. El señor Bueno, presidente de la Comisión de Monumentos, hizo de guía turístico y, ante el sepulcro de Guzmán el Bueno, Antonio del Canto, académico y artista de

---

<sup>76</sup> *El Porvenir*; Sevilla, 27 de marzo de 1877.

<sup>77</sup> *El Porvenir*; Sevilla, 28 de marzo de 1877; y *La Andalucía*; Sevilla, 28 de marzo de 1877.

gran influencia en la renovación romántica de la estética de la cofradía del Santo Entierro, le regaló una acuarela de su autoría representando al héroe de Tarifa en el momento doloroso de la muerte de su hijo, abrazando el pendón de Castilla y elevando sus ojos al cielo. El rey también visitó las Ruinas de Itálica y más tarde marchó a Castilleja de la Cuesta para ver la casa de Hernán Cortés.

Por la tarde visitan la Casa de Pilatos y el cuartel de la Puerta de la Carne, donde tiene una reunión con los principales mandos militares, llegando a las seis al palco levantado para la familia real en la Plaza de San Francisco donde ya le esperaban su madre y hermanos, los duques de Montpensier y los hijos de estos y donde vieron el discurrir de las hermandades de las Siete Palabras y del Cristo de San Agustín y la Lanzada. El rey fue informado de que las hermandades hicieron tiempo para esperarlo, lo que le llenó de satisfacción, presidió el Palco Real, teniendo a la derecha a la princesa de Asturias y a la izquierda a su madre, mientras que a sus espaldas estaban los duques de Montpensier y las hijas de estos, Cristina y Mercedes.

El gran estreno de la jornada cofradiera fue el paso de misterio de la hermandad de la Lanzada, que costó 10.600 reales de vellón, siendo dorado por Eduardo Robles Pardo que cobró por su tarea 4.500 reales. Para sufragar tan costosa obra la hermandad realizó varias funciones benéficas en el teatro Romero, que se encontraba junto al Puente de Triana. Los nazarenos también estrenaron en sus túnicas la encomienda de la orden trinitaria tras haber sido agregada la hermandad a la misma<sup>78</sup>.

El Cristo de San Agustín estrenó también una cruz para su titular y un manto negro para la Virgen de Gracia.

El buen orden del cortejo de las Siete Palabras llamó la atención a la prensa, que hizo constancia de ello. Esta hermandad lució además el estreno de un manto bordado por Celestino Rodas para la Santísima Virgen de los Remedios<sup>79</sup>.

Aquella misma mañana se había celebrado el cabildo de toma de horas en la sala capitular de la catedral estando presentes el deán y el segundo teniente de alcalde. No deja de ser curioso el observar cómo esta reunión se efectuó una vez celebrados los desfiles del Domingo de Ramos.

El Jueves Santo, la Familia Real al completo participó en el altar mayor catedralicio en los divinos oficios para conmemorar la Última Cena del Señor. El rey vestía uniforme de capitán general de alta gala y su madre y hermanas mantilla blanca de blonda. A la ceremonia asistió también la familia Montpensier. Se escuchó el sentido panegírico del obispo de Zela y a la terminación de los oficios se trasladó al Santísimo Sacramento bajo palio al monumento efímero levantado en el Trascoro, siendo acompañada su Divina Majestad por los reales personajes con velas encendidas.

---

<sup>78</sup> José María Escudero Merchante: *Estudio histórico-artístico de la Hermandad Sacramental de la Sagrada Lanzada*; Sevilla, 1995, pp. 68-70.

<sup>79</sup> *El Porvenir*, Sevilla, 29 de marzo de 1877.

El monumento de la reserva eucarística mantenía su gran esplendor artístico aún en la Sevilla decimonónica como se puede apreciar en una estampa de Salcedo publicada en la revista *La Ilustración Española*, publicación en la que también vieron la luz diferentes escenas de este viaje, como la de la Familia Real en los Palcos<sup>80</sup>. No me resisto a transcribir la descripción que el anónimo y entusiasmado cronista hace del monumento:

*En el trascoro de la Santa Basílica, sobre la sepultura del insigne don Fernando Colón, hijo e historiador del insigne descubridor de América, érítese el suntuoso monumento, que fue ejecutado en madera y pasta por Micer Antonio Florentín hacia mediados del siglo XVI.*

*Forma una cruz griega su planta elegante y del basamento, que en la parte central de los brazos de la cruz se convierte en cuatro espaciosas escalinatas, arrancan dieciséis columnas que sostienen el arquitrabe, friso y cornisa del orden dórico, y cuyos ángulos aparecen interrumpidos por cuatro pequeños tambores que soportan una preciosa balaustrada; el segundo cuerpo está engalanado también con linda balaustrada, y sostenido por ocho columnas jónicas ostentándose sobre sólidos pedestales otras tantas grandes estatuas que representan a Abrahán, Melquisedech, Moisés, Aarón, la Vida Eterna, la Naturaleza Humana y la Ley de la Gracia y una imagen del Salvador en el centro, bajo un templete formado por cuatro columnas que sostienen graciosa cúpula, el tercer cuerpo, simétrico al anterior, consta de nueve columnas del orden corintio y sobre pedestales semejantes a los del segundo descansan otras estatuas más pequeñas que las de aquel, representando al Apóstol San Pedro, Salomón, la Reina de Saba, el Sacerdote del Concilio, el Sayón de la bofetada, un soldado romano, Abrahán e Isaac y en el centro del mismo la venerada imagen del Cristo de la Columna; el cuarto cuerpo, cuya construcción es de fecha posterior el año 1624, es una linterna ochavada del orden compuesto sobre cuya cúpula está representada la terrible escena del Calvario y un poco más abajo aparecen las estatuas de la Virgen María y de San Juan el discípulo amado.*

*En frisos, carteles, pedestales y artesonados se leen versículos y motetes alusivos a la Pasión, y toda la majestuosa fábrica presenta la blancura del alabastro, con esmaltes de oro y filetes negros.*

*En el centro del primer cuerpo se coloca la riquísima custodia de plata del renombrado artista Juan De Arfe y Villafañe, insigne maestro en el arte de platería, que fue acabada en el año 1587 costando 236.669 reales. Es la misma que se luce en la procesión del Corpus, y está considerada como la mayor y más bella pieza de plata de este género, tiene cuatro varas de altura; está dividida en cuatro cuerpos, cada uno con veinticuatro columnas, adornándola delicadísimas labores, alegorías, bajorrelieves y estatuas de incomparable mérito y remata en una esbelta cúpula, sobre la cuál se asienta la estatua de la Fe.*

*Ilumínase el monumento con ciento veinte lámparas de plata y cuatrocientos cuarenta cirios y velas de cera, y para mayor suntuosidad y decoro se cubren los pilares y muros de la Iglesia con magníficas colgaduras de terciopelo carmesí guarnecidas de galones u flecos de oro<sup>81</sup>.*

<sup>80</sup> Juan Carlos Martínez Amores: "Seis visiones románticas sobre la estación penitencial de las cofradías sevillanas", en *Boletín de las Cofradías de Sevilla* (especial de Semana Santa), N° 542; Sevilla, abril de 2004, pp. 266.

<sup>81</sup> *La Ilustración Española e Iberoamericana*, N° 12, 30 de marzo de 1877.

Una vez reservado el Santísimo en el bellissimo sagrario del monumento, el prelado entregó al rey la llave del mismo, luciéndola al cuello con cordón de oro.

En los Alcázares se celebró a las dos de la tarde, con la asistencia de las principales autoridades, el lavatorio de los pies realizado por el obispo de Zela y una comida a los pobres servida por la propia Familia Real. A su terminación los ilustres personajes, también con el acompañamiento de las autoridades se dirigieron a cumplir con la tradición de visitar los siete sagrarios, realizando la misma en las cuatro caras del monumento de la catedral y en las iglesias de San Alberto, el Salvador y el convento de San Buenaventura, marchando tras la estación eucarística en dirección a los palcos, donde presenciaron la estación de las hermandades de Montesión, Quinta Angustia y Pasión.

A pesar de las inclemencias meteorológicas y de que a las tres de la mañana se produjese una pequeña lluvia, salieron todas las cofradías de la Madrugada, produciéndose unos leves incidentes por la explosión de un artefacto en la salida de la hermandad del Silencio, que salió por vez primera desde la puerta abierta en la antigua calle General Moscardó<sup>82</sup>. El gran estreno artístico de la jornada fue un nuevo palio de plata para la Virgen de la O y una túnica de terciopelo granate y bordada en oro para la imagen del nazareno así como la mayor parte de las insignias. La hermandad de la Macarena estrenó por su parte unos nuevos uniformes para la centuria romana, sorprendiéndole un aguacero a la altura de la Plaza de la Encarnación cuando volvía a su barrio, intentando resguardar el paso del Señor en el patio del parador de dicha plaza, lo que no fue posible dadas sus dimensiones, por lo que la imagen del Santísimo Cristo y el palio de la Virgen fueron cubiertos por varias capas para protegerlos del agua hasta que amainó el aguacero.

La princesa de Asturias estuvo toda la noche en los palcos particulares de los marqueses de Santa Cruz. Si nos preguntamos por el rey y hacemos caso de lo manifestado en las famosas memorias del articulista Cavestany, en aquellos entonces joven secretario al servicio de Isabel II, Su Majestad estuvo presenciando las cofradías de incógnito junto a él y a don Pedro Solís, alcalde de los Reales Alcázares, tomando incluso copas en la famosa taberna “Casa Perico”, presenciando ya de vuelta desde el arco de su nombre, a la Virgen de la Esperanza hasta su entrada en la iglesia de San Gil<sup>83</sup>.

Coincidiendo con la hora de la muerte del Redentor se celebraron los divinos oficios en la Santa Iglesia Catedral con la presencia, de nuevo, del rey y su familia, que en el momento de la adoración de la Cruz tuvo a bien perdonar a seis reos sentenciados a muerte pronunciando con voz solemne “*Yo los perdono para que Dios me perdone*”.

A las tres y media de la tarde la hermandad de la Carretería estaba ya en los palcos, pero esperó cerca de tres horas hasta que la Familia Real llegó a los

---

<sup>82</sup> Juan Carrero Rodríguez: *Anales de las Cofradías Sevillanas*, Sevilla, Castillejo, 1991, p. 346.

<sup>83</sup> Citado por LLEÓ en *La Sevilla de los Montpensier, segunda Corte de España*, p. 155.

mismos. Según se dice el rey quedó prendado del paso de misterio de Las Tres Necesidades, mandando a un pintor de cámara para que lo representase en un cuadro, lo que hizo en las jornadas siguientes en la capilla de la hermandad<sup>84</sup>.

La jornada del Viernes Santo era la más numerosa en cofradías, pues salían Santa Catalina, San Buenaventura, San Isidoro, Montserrat, la Expiración, Santa Marina, Santo Entierro y Soledad de San Lorenzo.

La Piedad de Santa Marina estrenó la terminación del bordado de su manto y una centuria romana escoltaba el paso. Esta hermandad cuidaba todos los detalles, pues según comunicó al Ayuntamiento también era nuevo un cajón tallado y dorado para custodiar la cera. Las Tres Caídas de San Isidoro había argumentado el estreno de una rampa nueva que permitiera hacer más fácil la salida de los pasos y que todavía estaba intentando terminar el manto de la Virgen de Loreto.

Era de gran suntuosidad el protocolo procesional de la hermandad del Santo Entierro, lo abría un piquete de la Guardia Civil al que seguía uno de la escolta romana, un tramo de nazarenos y el paso de "la Canina", tras él las cruces parroquiales y un coro de ángeles formado por niños, doce niños representando a las sibilas y la Santa Mujer Verónica, tras ella la nueva urna, estrenada dicho año con diseño de Antonio del Canto y la ejecución de Juan Rossy; seguían al Cuerpo Yacente de Cristo diez eclesiásticos portando un palio negro de respeto, y la escolta de soldados romanos, tras ella comenzaba el convite de autoridades, que presidía el paso de la Virgen de Villaviciosa, tras el mismo marchaba el clero parroquial de San Miguel y el Ayuntamiento en pleno, presidido por el gobernador civil.

La procesión salió a la calle a las cuatro en punto de la tarde discurriendo por el siguiente itinerario: Armas, Campana, Sierpes, San Francisco, Génova, Gran Capitán, Giralda, Placentines, Francos, Culebras, Salvador, Cuna, Cerrajería, Sierpes, Campana y entrada.

Antes de pasar por los palcos la urna "*aunque construida de madera llamó muchísimo la atención por su buen gusto y correspondiente dibujo gótico del señor Canto*", el rey junto a su familia bajó de los mismos, ostentando la presidencia oficial tras el paso del Duelo, teniendo a su derecha al gobernador civil, don Antonio Guerola, y a su izquierda al alcalde, señor Ybarra; detrás de los mismos desfilaban la reina madre, la princesa de Asturias, sus hermanas las infantas Pilar, Paz y Eulalia, y los Duques de Montpensier con sus hijas Cristina y Mercedes.

El esplendor ceremonial de la procesión queda elocuentemente manifestado por el mayordomo de la corporación don Antonio María Ariza al anotar en los presupuestos entregados a las autoridades municipales que "*este año fue el que más costó la salida del Santo Entierro*" con una cantidad de 46.000 reales en total<sup>85</sup>.

---

<sup>84</sup> CARRERO: *Anales...*, p. 449.

<sup>85</sup> Mestre : *Historia de la Real Hermandad del Santo Entierro...*, p.333.

Una vez en la Catedral toda la familia esperó, para ver a la Virgen de la Soledad, a los pies del reloj, donde hoy se encuentra el monumento a Colón, y donde el Rey quedó prendado de la belleza de la Dolorosa, habiéndosele comunicado la devoción que a la misma tuvo Felipe II.

El público recibió con alegría que el rey presidiera la procesión del Santo Entierro de Cristo, aunque he de reseñar que no fue un deseo repentino del monarca, sino que según refleja ya la documentación municipal, había sido invitado para que así lo hiciera desde los días de Cuaresma. Bruna, en su crónica del viaje real habla de la gran alegría de las personas que presenciaban la procesión en los palcos al ver al rey y su familia tras el paso del Duelo, en la que sería la primera vez que un monarca español presidiera una procesión sevillana<sup>86</sup>.

Sus palabras encomiásticas dan prueba cuenta del entusiasmo colectivo tan del vivir general de la mentalidad sevillana:

*en la procesión del Santo Entierro Sus Majestades y Sus Altezas Reales se retiraron. Esto produjo una indescriptible impresión en el ánimo de la apiñada concurrencia de la Plaza de San Francisco. Era un rum-rum de disgusto que nadie se atrevía a manifestar claramente. Era la efervescencia de los corazones cristianos que se creían ofendidos en sus sentimientos religiosos; efervescencia que el respeto podía comprimir, pero que a pesar de ese mismo respeto, se translucía en un murmullo sin palabras y una actitud sin actitudes, ambas cosas facilísimas de comprender en aquel sitio y caso imposible de describir en estas páginas.*

*La urna sepulcral retiróse al fin del palco regio que permanecía vacío, y al verla continuar su carrera, se notó que tanto Su Majestad como la Real Familia se habían incorporado a la procesión. Entonces, con esa rapidez que solo puede ser debida a la electricidad del pensamiento, todos los allí presentes comprendieron el por qué de la retirada, y un nuevo murmullo, pero de enteramente opuesto origen, cernióse por encima de la inmensa superficie de cabezas que cubría la plaza. Aquella era entonces la efervescencia del cariño y del entusiasmo comprimida también por el respeto. Pero ¡qué diferencia entre la una y la otra! ¡qué diferencia entre la mirada del que cree ofendido lo que más ama, y la que expresa la alegría que enajena el corazón!*

Ciertamente que siguiendo la hipérbole de Bruna en la obra firmada con el seudónimo de Inocencio Esperanzas el rey deseado y que sabía acariciar con su romántica presencia los sentimientos del pueblo supo enajenarse el corazón del sevillano al presidir la procesión del Entierro de Cristo en lo que supone una acción inteligente del cabildo de la ciudad al conseguirla del monarca, pues suponía todo un símbolo icónico de la autoridad real para promover la proyección exterior de la fiesta pasional como reclamo de oro para el turismo imperante, en una Sevilla testimoniada como una ciudad única, distinta e irreplicable para los ojos ansiosos del viajero dispuesto a encontrar las tierras que le acercasen al paraíso terrenal.

---

<sup>86</sup> *El Liberal*; Sevilla, 1 de abril de 1877; *La Andalucía*; Sevilla, 1 de abril de 1877; y José Carlos Bruna: *Impresiones de un Viaje a Andalucía con Su Majestad el Rey Don Alfonso XII*, Madrid, 1877. Se trata de una obra típicamente decimonónica donde el autor enaltece la institución monárquica describiendo más los sitios visitados por el rey que las propias incidencias del viaje

Sin embargo es necesario hacer constar que el fastuoso esplendor del Santo Entierro de Cristo por las calles sevillanas ya había sido contemplado por un rey en este caso por Felipe V el iniciador de la dinastía Borbón y que residió en Sevilla junto a su familia bajo la égida de su esposa Isabel de Farnesio durante los años 1729 a 1733 en lo que sería conocido como *Lustro Real* y en donde la ciudad vivió la esperanza de recuperar la grandeza perdida.

El primer Borbón demostró una estrecha vinculación con la religiosidad popular en aquellos años aunque la familia real y el monarca, sobre todo por los problemas de salud mental de este último, solo concurrieron a la Semana Santa de 1729.

Esa madrugada realizó estación de penitencia la hermandad de Jesús Nazareno de San Antonio Abad, que no fue contemplada por sus majestades.

El Viernes Santo por la mañana sí estuvieron presentes en las ceremonias litúrgicas, que comenzaron a las diez de la mañana con un pontifical celebrado por el arzobispo don Luis Salcedo y Azcona, siendo el punto culminante del mismo la adoración del Santo Lignum Crucis que el prelado ofreció a sus majestades. Este día, en cuanto a su ceremonial litúrgico comenzó en la catedral a las siete y media de la mañana con el Sermón de la Pasión pronunciado por el deán y culminado con el rezo de las horas. La jornada litúrgica acabó con el traslado del Santísimo del monumento al altar mayor cerca de las dos de la tarde. Por la tarde, los monarcas volvieron para contemplar desde una tribuna dispuesta especialmente para ellos en la Capilla Mayor a las hermandades que estacionaban, siendo las mismas la Sentencia de San Gil, la Exaltación de Santa Catalina, Montserrat de San Pablo, la Expiración de la Merced, el Santo Entierro de San Laureano y la Soledad del Carmen. Las crónicas refieren el esplendor de esta última acompañada por la mejor nobleza de la ciudad, aunque lució sobremanera el cortejo del Santo Entierro, descrito en un manifiesto publicado por la hermandad para la ocasión: soldados y alguaciles abrían paso al desfile, participaban en el mismo más de quinientos cofrades que alumbraban con hachas amarillas y blancas, daban escolta dos compañías de soldados que arrastraban las picas con banderolas negras, resaltaba el lucimiento del cortejo simbólico que antecedió al paso de la derrota de la muerte, participaron las tres comunidades de la Real y Militar Orden de la Merced con sus tres conventos: la Casa Grande, el Colegio y los Descalzos, portando sus religiosos estolas negras, a los que le seguían las cruces parroquiales, el clero de San Vicente, doce diáconos con dalmáticas y doce sacerdotes, a la urna del Santo Sepulcro la escoltaban doce sacerdotes vestidos con capas pluviales negras, tras el paso del Cristo Yacente el batallón de inválidos, música y cantores y los principales estamentos de la ciudad ante el paso de la Virgen de Villaviciosa cuya presidencia ostentaba el conde de Ripalda como asistente de Sevilla.

Acompañando a sus majestades, presenciando el rico cortejo, estuvieron presentes entre otros, el marqués de la Paz, los duques de Osuna y de Arcos y el

conde de Santisteban, siendo las autoridades eclesiásticas el cardenal patriarca Borja, el nuncio de Su Santidad, el arzobispo de Sevilla y el obispo de Segovia<sup>87</sup>.

En las primeras horas del Sábado de Gloria 1 de abril de 1877 Alfonso XII asiste a los oficios de la Catedral y tras los mismos, visita junto a los canónigos, la sacristía mayor y la sala capitular, mostrando especial interés por el cuadro de San Antonio de Murillo.

El monarca, al llegar a la Sala Capitular, anunció al deán la nueva de que concedía al cabildo hispalense el título de excelentísimo en recuerdo de su visita y en agradecimiento a la grandeza litúrgica de las ceremonias a las que había asistido y que había dejado profunda huella en su espíritu. Alfonso quiso que el ministro de Estado extendiera allí mismo el documento de concesión, a lo que éste respondió que le era imposible al estar en Madrid el sello oficial. El deán agradeció vivamente al Rey la concesión y presentó al monarca la posibilidad de que éste ayudara a sufragar la reparación del órgano, que se encontraba *"en estado deplorable"*. En el cabildo celebrado el 18 de agosto del mismo año se dio lectura al Decreto Real por el que el cabildo catedralicio de Sevilla podría usar el título de excelencia, firmado de propia mano del rey y refrendado por el ministro de Gracia y Justicia, Fernando Calderón, con fecha del 6 de julio<sup>88</sup>.

A las once de la mañana, la Familia Real se encontraba presente en la Plaza Nueva para colocar la primera piedra del monumento de San Fernando, que fue proyectado desde la visita de Isabel II en 1862. Se colocó un altar portátil revestido de tisú de plata presidido por un crucifijo y seis candeleros del mismo metal. La ceremonia de bendición fue celebrada por el Obispo de Zela, agradeciendo el rey de forma pública y con voz y ademanes emocionados los desvelos hacia su persona recibidos de la ciudad de Sevilla. El acto se cerró con unas palabras del arquitecto Demetrio de los Ríos, autor del proyecto. De esta escena se conserva también un cuadro del pintor José María Romero.

Alfonso XII se dirigió posteriormente a visitar la Biblioteca Colombina, firmando en el libro que se estrenaba para la ocasión, regalado al cabildo por la Diputación Provincial, y entregando 500 reales para la finalización de las obras del gabinete de lectura<sup>89</sup>, marchando después a visitar la Casa Lonja y el Archivo de Indias, donde en la planta baja del mismo se encontraba una exposición de cuadros organizada por la Academia Libre de Enseñanza, interesante institución que fue fundada en 1872 en el antiguo convento del Ángel jugando un papel destacado en la vida artística de Sevilla hasta 1884<sup>90</sup>.

---

<sup>87</sup> GÁMEZ : "La nueva monarquía, religión y sociedad. Felipe V y la Sevilla del Lustró Real" en *Isidorianum*, Sevilla, Centro de Estudios Teológicos, N.º. 45, 2014, pp. 193-194.

<sup>88</sup> ACS, Secc. I, Autos Capitulares, Lib. 221, fols. 24 vto, 35 vto y 44 vto.

<sup>89</sup> Juan Guillén Torralba: *Historia de la Biblioteca Capitular y Colombina*; Sevilla, Fundación Lara, 2006, p. 439.

<sup>90</sup> Javier Portús: "Recuerdos de Arcadia. Los Sevillanos ante su Ciudad" en *Iconografía de Sevilla (1869-1936)*, Sevilla, Focus, 1993, p. 121.

Tras el almuerzo, el Monarca visitó la Fábrica de Tabacos brevemente y aún tuvo fuerzas para ir a caballo, acompañado del duque de Montpensier, al Cortijo del Cuarto para presenciar cómo el señor Miura derribaba algunas reses. La recepción oficial de despedida en el Alcázar fue a las nueve de la tarde, encaminándose a continuación a la estación de Córdoba para abandonar la ciudad, siendo despedido por su familia y las mismas autoridades que lo recibieron la tarde del Lunes Santo<sup>91</sup>.

Alfonso XII quedó prendado de la urbe a la vez que enamorado de su prima, volviendo a Sevilla aquellas navidades para oficializar el matrimonio más famoso y legendario del romanticismo hispánico. Los sevillanos miraron con gran alegría tan romántico enlace absolutamente felices de que una niña bonita del Palacio de san Telmo se sentase en el trono de España<sup>92</sup>.

La religiosidad del rey deseado quedó siempre manifestada desde los primeros años de su reinado especialmente con una vibrante devoción a la Reina de los Cielos, visitando los principales santuarios marianos de España como Covadonga en 1877 o el Rocío en 1876 y colocando para la historia la primera piedra de la catedral madrileña dedicada a Santa María de la Almudena el 4 de abril de 1883.<sup>93</sup>

Esta devoción sentida, romántica y vigorosa la heredó, no hay que dudarlo, de su madre Isabel II, reina a la que pesar de sus tangibles problemas políticos y veleidades personales no se le puede negar su castiza y popular devoción a la Madre de Dios en sus principales advocaciones, donando piezas de joyería la Virgen del Pilar de Zaragoza<sup>94</sup> o la de la Merced madrileña venerada en el monasterio de Alarcón<sup>95</sup>, siendo la niña de sus ojos la ciudad de Sevilla y latido palpitante de su corazón Nuestra Señora de los Reyes a quien en 1853 regaló un suntuoso manto verde de estilo renacimiento bordado en la capital de la nación por las hermanas Gilart<sup>96</sup> y ya en su destierro, en 1884, uno blanco de castillos y leones realizado de uno de sus más famosos trajes de corte con el que había sido fotografiada por sus retratistas oficiales o pintada por Vicente López<sup>97</sup>.

El rey presidió con todo el orgullo de su corazón el paso del duelo de María Santísima de Villaviciosa y su alma se unió para siempre con una ciudad llamada Sevilla.

<sup>91</sup> *El Liberal*; Sevilla, 1 de abril de 1877; y *La Andalucía*; Sevilla, 1 de abril de 1877.

<sup>92</sup> Enrique de la Vega Viguera: *Sucedió en los años Setenta (siglo XIX)*, Sevilla, 1980, p. 242.

<sup>93</sup> Salvador Muñoz Iglesias: *Catedral de la Almudena, Madrid*. Madrid, Arzobispado, 1994, pp.8-10.

<sup>94</sup> José Manuel Cruz Valdovinos: "La joyería" en *El Pilar de Zaragoza*. Zaragoza, Caja de Ahorros de la Inmaculada, 1994, pp. 361-362.

<sup>95</sup> María de los Ángeles Curros y Ares y Fernando García Gutiérrez: *Madres Mercedarias de don Juan de Alarcón. Catálogo de escultura*, tomo I, Madrid, Religiosas de Nuestra Señora de la Merced, 1997, pp. 20-23.

<sup>96</sup> Francisco Espinosa de los Monteros Sánchez: "Las hermanas Gilart y la Virgen de los Reyes: aportaciones a la vida y obra de las bordadoras de cámara de Isabel II" en *Boletín de las Cofradías de Sevilla*, Sevilla, Consejo Hermandades y Cofradías, agosto 2009, N° 606, pp. 632-635.

<sup>97</sup> GÁMEZ: "El mecenazgo artístico de los duques de Montpensier en la Catedral de Sevilla" en *El comportamiento de las catedrales españolas. Del barroco a los historicismos*. Murcia, Universidad, 2003, pp. 547-548.



**Alfonso XII,  
Rey de España  
(1874-1885).**



**1877, María de las  
Mercedes, reina de  
España (1878).**



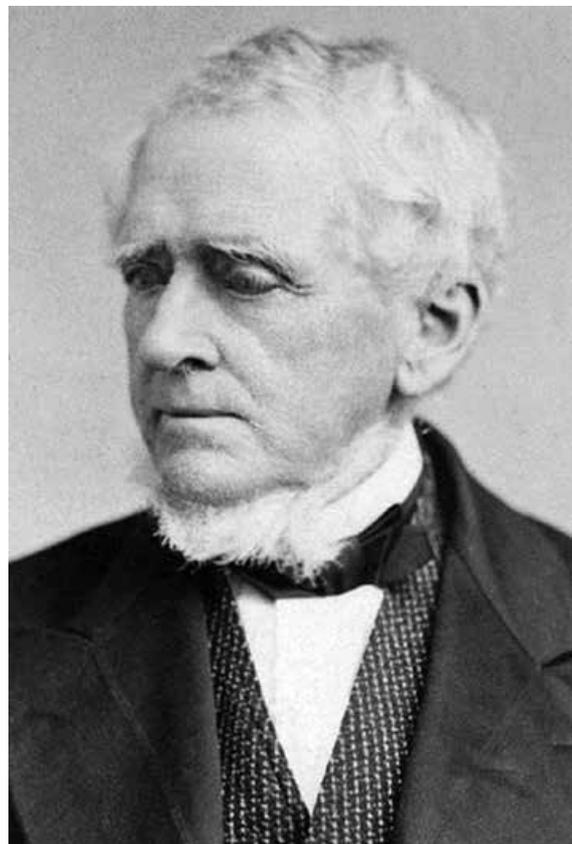
Familia  
Montpensier óleo  
de Deodenc.



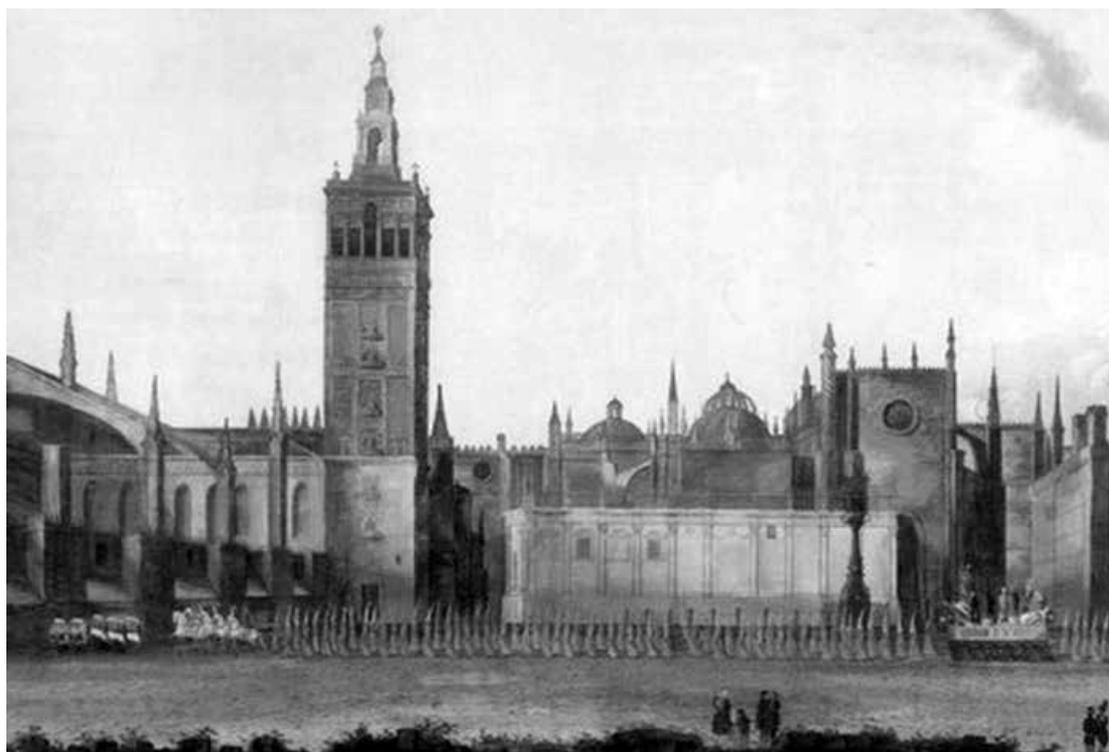
Isabel II Reina de  
España (1833-  
1868) con el traje  
de corte de  
castillos y leones.



Nuestra Señora  
de los Reyes  
con el manto de  
castillos y leones  
donado por  
Isabel II en 1874.



John Adams  
Dix (1798-1879)  
narrador de la  
Semana Santa de  
Sevilla en 1843.



Detalle del Santo Entierro Grande de 1854.



Alfonso XII, Isabel II y la familia real en los palcos del Ayuntamiento contemplan la procesión del Santo Entierro, Viernes santo 1877. Ilustración Española y Americana.



Alfonso XII coloca la primera piedra en el monumento a San Fernando.  
Sábado de Gloria de 1877. Óleo de José María Romero.



Cristo Yacente atribuido a Juan de Mesa, siglo XVII. Hermandad del Santo Entierro.



María Santísima de Villaviciosa. Paso del Duelo.  
Hermandad del Santo Entierro.



El arzobispo de Sevilla don Juan José Asenjo preside el paso del Duelo junto al alcalde y al teniente hermano mayor de la cofradía.